

LEON XIII Y LA ITALIA.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PREDECESORES DEL MISMO NOMBRE.

I. La eleccion de nombre.—II. Leon el Grande.—III. Leon II.—IV. Leon III y Carlo Magno.—V. Leon IV.—VI. Leon V, Leon VI y Leon VII.—VII. Leon VIII.—VIII. Leon IX, Papa aleman.—IX. Leon X; las ventas de las Indulgencias; la reforma protestante.—X. Leon XI.—XI. El papado en 1814.—XII. Leon XII; el poder temporal; el reino de Italia.

I.

No han sido los Leones Papas vulgares. No es el nombre que más abunda en la historia de los Pontífices, pero tampoco hay muchos que le superen: únicamente, creo, que los Clementes que son catorce, los Benedictos, catorce también, los Gregorios, diez y seis, y los Juanes, veintitres, le aventajan en número: los Inocencios son tantos como los Leones. Los Esteban son diez, los Pios son ménos aún y todos lo recordamos, sólo nueve; los Bonifacio nueve; los Urbano ocho; los Alejandro, ocho, los Adrianos seis; los Pablo, cinco, los Sixto cinco; los Nicolás cinco; los Martin cinco; los Celestino cinco, los Eugenio, Honorio, Sergio y Anastasio; cuatro, los Victor tres; los Julio tres, los Lucio tres; los Calixto tres; los Félix tres; los Marino, Teodoro, Silvestre, Agapito, Pascual, Gelasio, Camasio, Dámaso y Pelagio dos: los demás nombres todos aparecen una sola vez (1). Que ciertos nombres hayan desaparecido se comprende, así como que ninguno haya querido llamarse Juan después del XXIII de tan mala reputación, que fué depuesto en el Concilio de Costanza el 29 de Mayo de 1485; pero de otros muchos no se explica por qué sus nombres hayan caído en el olvido. Hay nombres de Papas

(1) V. la Tabla cronológica de los Papas, en *Pío IX y su sucesor*, por el mismo autor, trad. p. H. Giner, Madrid, 1878.

notables como Nicolás, por ejemplo, y que sin embargo ninguno de sus sucesores lo ha adoptado: el último, el V, fué uno de los mejores Pontífices que han ceñido tiara hace cuatro siglos (1447-1455). A veces reaparecen ciertos nombres á grandes intervalos: los primeros nueve Leones reinaron del siglo quince al undécimo (440-1049); el décimo no viene hasta cinco siglos después (1513); el undécimo, que no hizo si no aparecer, después de un siglo más (1605); el duodécimo pasados otros dos (1823); el décimo tercio cerca de medio siglo más tarde (1878).

Se ha dicho que el Pontífice actual ha adoptado el nombre del santo del día en el cual ocurrió su elección; puede ser, es creíble. La adhesión hacia la persona de un predecesor, su memoria, el afecto, ha sido con frecuencia la razón para escojer nombre; y mirada la cosa en abstracto, parecería natural que hubiese debido influir más aún esta razón, tratándose de principado electivo de duración tan larga, en el cual el Príncipe electo acostumbra á adoptar un nuevo nombre. Con efecto, es verosímil que cada cardenal, meditando sobre la historia de una institución de la cual forma parte tan integrante, y que puede esperar ser llamado un día á regirla como jefe, adquiriera el hábito de preferir la imagen de alguno de los que la gobernaron, disponiendo su ánimo á adoptar aquel nombre, caso de presentarse la ocasión. El tipo del Pontífice, entre los del mismo nombre que han regido la Iglesia, nos parece que debe estar presente á la inteligencia y al corazón de quienes pueden ser designados para gobernarla, y estos sentirse inclinados á llamarse tal ó cual determinado nombre. Escojer nombre, por tanto, podría casi significar el manifiesto del Pontificado; puesto que estos nombres indican, en medio de una constante uniformidad y dirección generales, tanta variedad de ingenio, de índole, de conducta, que cada cardenal puede encontrar entre ellos el matiz que más se conforme con su ideal ó con su espíritu. Y sin embargo, esta razón histórica, esta afinidad electiva ha entrado por muy poco

ó quizá por nada en la escogitacion de nombre.

Aun hoy, los periódicos mejor enterados, nos han dicho que el cardenal Pecci habia decidido llamarse Leon, parte en memoria de Leon XII, del que recibió algunos beneficios, parte por admiracion hácia Leon el Grande: no se sabe, por consiguiente, si el motivo fué un afecto privado ó una predileccion histórica. Ciertamente que *L'Observatore Romano* ha escrito, que al ser interrogado por el cardenal decano el cardenal Pecci, *Quomodo vis vocari?* el electo respondió: *Leon XIII, en memoria del duodécimo, por el cual habia siempre tenido suma veneracion.* Si así fué, el motivo es claro, pero no muy laudable, puesto que de los Leones, el duodécimo parece ser el que menos vale; y el Papa representante de la faccion de los celosos que venció á la de los moderados, no debia, ciertamente, ser el tipo que la gente espera encontrar en Leon XIII, respondiendo á las esperanzas que ha hecho concebir entre los que han acogido su exaltacion con gran júbilo.

II

Leon XIII, que es un hombre docto, recordará, sin duda, toda la historia de los Papas que han llevado su mismo nombre. Donde quiera que la registre, ó más bien donde quiera que la registremos con él, nos formaremos un concepto muy semejante y templado de la situacion respectiva de la Iglesia, y de cómo un Pontífice puede haberla dirigido, con qué fruto y con qué fin.

Estos Leones, que empiezan en el 440 despues de Cristo, y continúan aún, se distribuyen la historia de la Iglesia de tal manera que se pueden notar por ellos mismos las principales épocas de fortuna ó de desgracia.

El primero, verdaderamente grande, tiene pocos rivales en el Papado, á no ser, quizá, Inocencio I, Nicolás I, Gregorio el Grande, Gregorio VII, ó Alejandro III: pero en realidad, ninguno le supera. La grandeza de la Iglesia de Roma, preparada en aquel entónces más bien por la fuerza de las circunstancias que por los propósitos de sus obispos, fué imaginada con clara conciencia por él y con el presentimiento de más ámplio porvenir. "Roma,—son sus palabras,—gente santa, pueblo elegido, ciudad

sacerdotal y régia, por haberla hecho el beato Pedro su sede para cabeza del mundo, habria conseguido mayor imperio por efecto de la religion divina que por la dominacion terrena." Como era romano de sentimiento, lo era de corazon. "Todo cuanto sobrevivia de Roma,—escribe Milman,—de su ambicion desordenada, de su perseverancia inflexible, de su dignidad en la desgracia, de la altivez en su lenguaje, de la creencia en su propia eternidad y en sus innegables títulos al dominio universal, de su respeto á la ley tradicional y escrita, y á la costumbre inmutable, todo podia creerse que se habia concentrado en él solo."

Tenia templada la mente para el Gobierno: veia ante sí una meta clara y distinta, hácia la cual no cesaba de avanzar, pero manteniendo incólume la antigua base, sobre cuyo espíritu y con la necesidad de los tiempos, erigia él interpretando aquella y estas, un edificio ni viejo del todo, ni del todo nuevo. La perpetuidad de la doctrina y disciplina de la Iglesia tuvieron en él un defensor invicto: "Conceder ó mudar algo contra los estatutos de los Padres, ni aun la autoridad de esta misma Sede puede consentirlo." Si un sentimiento, aún cristiano, subvertia las relaciones jurídicas de entónces, debia ser refrenado y comprimido: "El ordenar sacerdotes á los esclavos era, en su opinion, un doble delito; porque el Sagrado Ministerio se mancha con la abyeccion de tal consorcio, y porque se anulan los derechos de los dueños." Su principal fuerza consistia en la eficacia de su palabra sobre el pueblo y en su íntima familiaridad con él. Sea cierto ó no que en la Iglesia de Roma no fuese costumbre que predicasen en el templo ni el obispo ni nadie, él predicaba sin reposo. El púlpito era á él lo que la elocuencia á los antiguos. "Sus sermones,—escribe el autor citado,—contrastan singularmente con los á veces floridos, y siempre apasionados y fantásticos, propios del estilo de los predicadores griegos. Son breves, sencillos, severos por lo general; sin fantasia, sin sutileza metafísica, sin pasion; es el romano censor que castiga con rigida magestad los vicios del pueblo; el romano pretor que dicta la ley y enseña con autoridad la doctrina de la fe. Son singularmente [cristianos, porque se refieren casi exclusivamente á Cristo, á su nacimiento, á su resurreccion; y no se inclinan á la polémica sino dónde y cuándo ocurre afir-

mar resueltamente la divinidad perfecta ó la perfecta humanidad de Cristo." Su religion era simple y viril, sin sutilezas; sin nimiedades, sin adornos sin superficialidades: dedicándose todo principalmente al objeto esencial de la fe. Clara, cándida, digna, práctica, su palabra está naturalmente llena de autoridad, como nota Audisio, y gobierna por sí sola.

Seguramente que por insignificante que fuese su mérito, "le habria dado virtud quien le hubiese conferido la dignidad," puesto que tenia el ánimo preparado para ello viviendo Pedro en él: aquel Pedro por cuya mediacion todos los demás apóstoles habian derivado su poder.

Esta alta figura de Pontífice, era súbdito. El imperio occidental, moribundo entónces, le sobrevivió algunos años. Su pontificado fué del 440 al 461, época en que fueron sus emperadores Valentiniano III, Petronio Maximo, Avito y Maioriano, todos ellos débiles. Leon I no desdeñó, sino por el contrario, provocó la ingerencia de la autoridad laica en el Gobierno de la Iglesia, cuando le pareció que podria servir á sus fines. La batalla más ruda que debió librar en Occidente, fué con Hilario, obispo de Arlés, Santo tambien; pero obstinado en su propósito de exagerar los derechos de su sede, oponiéndose á las preeminencias y pretensiones de Roma: Leon acudió á Valentiniano III para que interviniera, y éste escribió á Aecio, general del ejército romano en las Galias, en los términos siguientes: "Ordenamos que no sea lícito á los obispos, ni de las Galias ni de cualquier otra provincia, intentar cosa alguna contra las antiguas costumbres y sin la autorizacion del Papa; sea ley para todos, cualquiera disposicion ya fijada, ó que se determine por la autoridad de la Sede apostólica; y si algun obispo, llamado ante el juicio del Romano Pontífice, se niega á comparecer, que se le obligue á ello por el moderador de la respectiva provincia."

Pero si el poder laico le obedecia en Occidente y cooperaba á extender y vigorizar el primado Pontificio, no ocurría lo propio en Oriente; donde aún muerto Teodosio II, liberto de los eunucos, que favorecia á Eutiques, arrastrado por ignorancia á la cruenta guerra declarada á Nestorio en contra de una heregía, no pudo Leon I obtener de Marciano, elevado al imperio por su matrimonio con Pulcheria, mujer de

ánimo varonil, que no convocase en Oriente un nuevo Concilio, como no habia podido persuadir á Valentiniano III á que convocase uno en Occidente ni aún arrojándose á sus plantas.

El Concilio de Calcedonia glorificó ciertamente á Leon I, y á la Iglesia de Roma; porque habia expuesto la verdad de la fe en la cuestion de la doble naturaleza de Cristo (negada por Eutiques), con tan clara doctrina y tan perfecta conciencia de la tradicion cristiana, que dió lugar inmediatamente en aquellos vagos tiempos de lo milagroso, á la leyenda de que la carta de aquel á Flaviano, en la cual se consignaba esta exposicion, habia sido corregida por San Pedro mismo, sobre cuya tumba la depositó el Pontífice toda una noche antes de expedirla.

Pero al mismo tiempo dió el referido Concilio un golpe á la autoridad de la Iglesia romana, que se agravó posteriormente, con la declaracion de que la Sede de Constantinopla era segunda, sólo con respecto á la de Roma; fundando el primado de dignidad todavia entregado á esta, no en la eleccion que Pedro hizo de su Sede (como Leon I y sus predecesores sostenian), sino en haber sido por largos siglos cabeza del Imperio. Un criterio político accidental y humano, venia á suplir por consiguiente á uno eclesiástico esencial y divino; con lo cual á la vez que con Roma y más que ésta, decaian de grado en grado las Sedes Apostólicas de Alejandria, Antioquia y Jerusalem, encontrándose pospuestas de una vez á Constantinopla, delante de la cual habian estado hasta entónces. Las protestas ardientes de Leon I no sirvieron para nada; y pudo verse entónces en la historia del Papado lo que se ha visto en varias ocasiones: quebrantarse la fábrica por un lado, mientras que por el otro se levanta y reconstituye. El Papa mismo, que ensancha más su poder en Occidente, vé nacer en Oriente los gérmenes del cisma.

Leon súbdito, que reclama al poder laico la sancion y el nervio de su autoridad eclesiástica, no pudiendo obtener de un emperador que convoque un Concilio ni de otro que no lo convoque, es el solo baluarte de Italia contra las hordas bárbaras que sofocan al Imperio. Él detiene con la autoridad y dignidad de su cargo, á Atila en los confines de Italia; el bárbaro pagano se amedrenta de este nuevo Dios desconocido que tiene su asiento en Roma, y en nom-

bre del cual le habla Leon; dice haber visto él con sus propios ojos á los lados del Pontífice venerándolo, dos imágenes terribles de los apóstoles Pedro y Pablo que le amenazaban con flamígeras espadas. Estas eran entonces las armas de Roma; pero si asustaron al idólatra se despuntaron ante el herege. Genserico, vándalo y arriano, llamado por Eudoxia para vengarse de Petronio Máximo que la habia desposado por fuerza despues de haber matado á su marido Valentiniano, no se arredra en Roma ante Leon; prometiendo sólo al Pontífice que le sale al encuentro, inerme y seguido del clero, que únicamente dejará de matar en la ciudad puesta á saco, á los que no resistan, sin quemar los edificios ni torturar á los prisioneros. De todos modos aquí aparece el verdadero poder del sacerdote que procura evitar ó templar los males, y cuya fuerza dimana no de las armas ni del principado, sino de la virtud, de la excelencia del ánimo, de la alteza de miras, que influye aún sobre quienes niegan la fe que profesa el sacerdote.

III.

Quando Leon I fué proclamado Pontífice por el clero, el Senado y el pueblo, estaba ausente de Roma; habia sido enviado á las Galias para intentar modo de componer las disensiones entre Aecio y Albino, generales romanos en aquella provincia que, como es frecuente, agregaban la discordia civil á las mil causas que arrastraban el Imperio á su ruina. Se esperó cuarenta días á que volviese, y no se sabe que interviniera ni antes de su eleccion ni de su ordenacion, la confirmacion imperial.

No ocurre lo propio, cuando doscientos veintin años despues otro Leon, (682), subió al trono pontificio. En aquel intervalo de tiempo habia cesado, hasta de nombre, el imperio Occidental; y los hérulos primero, los ostrogodos más tarde, habian dejado de reinar en Italia. El imperio Oriental consiguió ciertamente asegurar, desde el principio, el derecho romano en la Península; pero permaneció dueño exclusivo de él muy poco tiempo. Desde el 567, los longobardos, arrianos, habian entrado en Italia, y ésta se encontró dividida y dilacerada entre dos impotencias: las de los longobardos que aspiraban á conquistarla por completo, y la de los

griegos, que intentaban arrojarlos. El papado vió introducirse y preponderar en torno al centro mismo de su dominio todavía espiritual, una gente enemiga y rebelde, principio de futuros males. Roma permaneció griega; pero los emperadores de Bizancio, grandes teólogos y principes quisquillosos, no dejaron libre la eleccion del Pontífice, queriendo someterla á su confirmacion. Leon II, sin embargo, fué el último que necesitó la confirmacion del emperador. Constantino Pogonato renunció, segun parece, á semejante pretension ó derecho en la eleccion de Benedicto II, sucesor de aquel.

Leon II fué súbdito tambien como el primero, y su eleccion no se vió enteramente libre de toda ingerencia del poder laico, como habia acontecido, al parecer, en la del primero. Siciliano de nacimiento, hijo de Pablo, es llamado *eloquentísimo, suficientemente docto en la divina Escritura, en la lengua griega y en la latina, excelente en la música, amante de la pobreza, y misericordiosísimo*.

La sutil mente de los griegos, intrigada en el dogma cristiano, habia descubierto otra duda é inventado otra heregia; á saber, que á pesar de la doble naturaleza de Cristo, fuese una sola cosa su voluntad y su acto. ¿El Papa Honorio se habia deslizado en esta heregia? El Sacro Concilio ecuménico, ¿la condenó, en nombre hasta á él mismo? Y Leon II, que en semejante condenacion vió el triunfo de una doctrina, la cual, exceptuado Honorio, se habia perpetuado en la Iglesia de Roma al anunciar á la Iglesia de Occidente las resoluciones del Concilio, ¿numeró entre los anatematizados el nombre de su predecesor?

Estas tres preguntas han excitado entre escritores católicos y protestantes, y aún entre católicos de diversas escuelas, mayor guerra que el cuerpo de Patrolo entre griegos y troyanos. Sin embargo, una crítica sensata parece que debe responder afirmativamente á las tres, conviniendo en que Leon II ha censurado á Honorio "por haber consentido que la regla inmaculada de la tradicion apostólica, trasmitida pura á él por sus predecesores, hubiese sido manchada."

IV.

Leon II no llegó á reinar un año entero; y pasa despues todo un siglo antes que un tercer

Leon, romano, suba á la silla de San Pedro. En 795, los longobardos (decadentes desde 752) contra los cuales los francos llamados por Estéban II, vencieron en varias ocasiones, tuvieron que ceder ante la fortuna de Carlo Magno, y perder toda esperanza de recuperar el reino. Los Pontífices, á contar desde Estéban II, eran ya soberanos desde que Pipino dió á San Pedro, á la Iglesia y á la República romana, el Exarcado y la Pentápolis arrebatada á los longobardos. Carlo Magno habia confirmado á Adriano I, y acrecentado despues las donaciones del padre. Pero esta soberanía estaba mal definida de derecho y poco firme de hecho. Los reyes francos, de los cuales procedia, recibieron en cambio el cargo de patricios en Roma, ó sea de protectores de la Iglesia de la ciudad. Si dejaban á los Papas libre entrada en las tierras cedidas, mantenian, sin embargo, sus derechos de preeminencia y de gobierno; y el pueblo romano les prestaba juramento de fidelidad y obediencia. Y por otra parte, una sombra de preeminencia imperial de Oriente se conservaba todavia: los emperadores iconoclastas, en discordancia con los Papas, se habian enemistado con ellos, aunque no roto por completo toda relacion.

El dia de la Natividad del año 799, arrojó Leon III un rayo momentáneo de luz en tan confuso caos. Carlo Magno, venido á Roma para juzgar acerca de las acusaciones lanzadas contra el Pontífice por sus enemigos, habia ya oido del Sínodo mismo, convocado por él, que no era juez del Papa, recogiendo de sus propios labios la protesta de que toda acusacion que se hubiese hecho contra el Pontífice, era falsa y engañosa. Leon III estaba lleno de gratitud y reconocimiento, por distintas causas, hácia la persona del gran rey Franco. Cuando en aquel dia solemne concluyó de cantar la misa, se le acercó, ciñéndole una corona de oro, y proclamándole César Augusto ante los nobles, el pueblo y el clero romano que inundaba la iglesia: "Dios conceda vida y victoria al grande y pacífico emperador," exclamó, contestando la multitud con igual frase. ¿Ignoraba Carlo Magno esta proclamacion? Así se ha asegurado; pero no parece probable, y ménos probable aún, que el Pontífice supiese el significado que tenia la restauracion del imperio. Debia ser un imperio, no ya pagano, sino cristiano, cuya autoridad se habria de extender hasta donde alcanzaba la del Pon-

tificado romano. Este imperio admitia que en su seno coexistiesen principados y reinos; pero que también reconociesen en él la fuente de la autoridad y la suprema judicatura.

Reconocido el imperio de Occidente se apagaba dentro de los confines del mismo, toda clase de primado con respecto al de Oriente; pero el principado del Pontífice que se libraba de toda sujecion del segundo, caia bajo la alta sujecion del primero. El Pontífice, que en materias espirituales dirigia al emperador, rey y pueblo, era súbdito de aquél en los asuntos temporales, y hasta su eleccion no quedaba completamente exenta de la ingerencia laica del mismo. Este concepto de organizacion universal que surgia de la restauracion del imperio, era confuso é intrinsecamente contradictorio. De cuantas organizaciones semejantes han aparecido en la historia, es quizá la más vana y cuya necesidad ó utilidad se explica más difícilmente. Las discordias y las contiendas á que dió origen, son más evidentes que los acuerdos y las armonías que de dicha organizacion se derivaron; la Iglesia y el Estado penaron por largos siglos de protestas obstinadas y de sangrientas luchas, el pecado que este viejo fantasma de un imperio resucitado, tejió á su alrededor.

Leon III fué un buen ejemplo de lo que pudiera valer el principado ó los Pontífices. Ninguno fué mayor víctima de las facciones del clero que él mismo; las facciones de los nobles sobrevivieron despues, viéndose precisado en más de una ocasion á salir de Roma é invocar una mano poderosa que lo recondujese. Extraña figura ¡cuántas oscuridades y fantasmas hay á su alrededor!

No se conocen con toda exactitud las acusaciones que sus enemigos le promovieron. La leyenda las envuelve. Apenas elegido Pontífice, una mujer que vino á besarle la mano lo indujo á tentacion: y él se la corta prescribiendo que en adelante no se bese á los Papas la mano sino el pié. Sus enemigos son los sobrinos de Adriano, su predecesor, y por más que se diga que su eleccion fué unánime por parte del clero, de los nobles y del pueblo, se nota, sin embargo, en la primera de estas clases por lo ménos, la existencia de una parte que lo hostilizaba.

El dia de San Jorge debia ir á caballo con gran pompa á la iglesia de San Lorenzo en Lucina. Aquellos mismos eclesiásticos que le odia-

ban tenían la obligación de seguirlo: y hé aquí que al excusarse uno de ellos por haber venido sin casulla, salen de pronto un grupo de hombres armados que se arrojan sobre el Pontífice, lo tiran del caballo abajo, le sacan los ojos, le arrancan la lengua sin que ninguno se apresure á defenderlo. Un siervo fiel lo recoge de la iglesia, en la cual lo habían lanzado dejándolo por muerto, y lo lleva á San Pedro. Aquí un milagro le restituyó los ojos y la lengua! Entre contiendas de todas clases, expulsiones de la ciudad y entradas triunfales, reinó hasta el año 816, es decir, más de veinte años.

V.

Dos años hacia que Cárlo Magno había muerto, y nunca estirpe humana degeneró más pronto que la suya, ni imperio histórico se disolvió con mayor rapidez. Duró este apenas setenta y dos años, y ántes que hubiesen trascurrido cuarenta era ya impotente para defender sus confines. Dos nuevos enemigos le habían nacido: los sarracenos en el Mediodía y los normandos en el Norte.

En el año 569 había nacido aquel Mahomet, cuya palabra y cuya fe debían imprimir tan gran impulso á la conquista y á la civilización de los árabes, hasta lanzarlos á inundar y sumergir como onda impetuosa el Asia, anterior, el Africa Septentrional y la España. El año 827 ya habían bajado estos árabes á Sicilia, y quince años les bastaron para conquistarla toda, excepto Siracusa, en poder de los griegos. Infestaban las costas de Italia, llamados algunas veces por los italianos mismos, guerreando con ellos, y ocupando á Bari, forzando á Ostia, amenazando á Roma, poniendo á saco la iglesia de San Pedro y de San Pablo suburbanas, devastando la playa del Lacio.

Como en otro tiempo un Leon contra los hunnos, otro Leon proveyó á la defensa de Roma y del Estado contra esta nueva amenaza. Leon IV, romano, fué elegido apresurada y violentamente en Enero de 847, y consagrado sin esperar el beneplácito del emperador, aunque protestando de que se hacía sin ofensa de sus derechos, sino por imperiosa necesidad. Inmediatamente despues una tempestad dispersó la flota de los sarracenos ante Gaeta, creyéndolo milagro y venganza de los Apóstoles insultados. Leon, en tanto, res-

tauró los muros y las torres del recinto Aureliano y añadió un nuevo barrio extramuros con su nueva muralla, más allá del Tiber, que fué llamada Leonina. Así la Iglesia del Apóstol Pedro fué librada—constante deseo de los Papas—de nuevos asaltos y tuvieron más fuerte refugio aquellos á quienes las discordias civiles ó las incursiones enemigas, arrojaban de la ciudad. No se contentó con esto: fortificó las orillas del Mediterráneo, restauró Porto, aseguró Centocelle, desierta por huida de sus habitantes y llamada desde entónces Civita-Vecchia; y para evitar la vuelta de los sarracenos defendió á Ostia. Su fama fué grande en toda la cristiandad, y Etalulfo, rey de los sajones orientales, le llevó á su hijo Alfredo para que lo consagrara rey. Gobernó la Iglesia con autoridad y rectitud, durando su pontificado ocho años y muriendo en Julio del 855. Fué Papa á quien las facciones internas, asustadas por el peligro y por la disolución del imperio, permitieron gobernar como príncipe, pero sólo dentro de las murallas de Roma ó en pequeña parte fuera de ellas.

VI.

Estos cuatro Leones son adorados como santos por la Iglesia, y Pascual II reunió sus cenizas. Los otros, desde el quinto al octavo, pasan como sombras de las más tenebrosas en un siglo tenebrosísimo en sesenta años, desde el 903 al 963. Todos chocaban entre sí: príncipes italianos y extranjeros se destrozaban con várias y confusas luchas, dilacerando la Italia entera; sarracenos, eslavos, húngaros, entraban á sangre y fuego por las costas. Esos últimos, los más salvajes entre los bárbaros, diversos en costumbres y en lengua, idólatras, principian á atravesar los Alpes el año 898 como torrente devastador que todo lo rompe á su paso; volviendo de cuando en cuando á sus excursiones, hasta que Enrique el Cazador los destroza en Merseburgo, y hasta que encontrando un asiento estable se convirtieron al cristianismo. Entre tanto, en medio de tan gran desconcierto, las ciudades, los monasterios, los campos, vista la impotencia de los príncipes, empezaron á proveer por sí mismos á la defensa propia, apareciendo en este nuevo desarrollo los gérmenes históricos de una nueva época.

Roma no es ménos turbada que las demás

ciudades: se enseñorean tiranuelos de las regiones vecinas; contienden más tarde entre sí facciones de nobles; hasta la vieja memoria de la república se despierta, y esterilizada por atrevidos cabecillas, conmueve al pueblo. La elección pontificia es efecto de la violencia ó de los ambiciosos que la quieren para sí, ó de quienes más pueden en la ciudad, hombres ó mujeres. La sucesión misma de los Pontífices, se turba en varios casos y queda dudosa.

En medio de tan tristes luchas los Leones V, VI y VII, que subieron al Pontificado, los dos primeros por pocos meses—el uno en 903, el otro en 928 y el último por tres años desde el 936 al 939—se cuentan entre los menos malos. El quinto, Ardeatino, fué lanzado del sòlio pontificio trascurrido dos meses por un Cristóbal, y dejado quizá morir de hambre en una cárcel. El sexto reinó siete meses, y es tenido por buen hombre, diciéndose de él que atendió á devolver la concordia entre los ciudadanos, á pacificar Italia y arrancar la nación del yugo de los bárbaros; tres intentos ciertamente santísimos, los cuales sin embargo no consiguió. El sétimo reinó mientras Alberico, hijo de Marozia, se habia hecho dueño de Roma, quien consintió se le eligiese, tolerándolo despues, porque su índole anunciaba que se ceñiría humilde y exclusivamente al gobierno de la Iglesia, como lo hizo. Frodoardo lo describe: *nec curans apices mundi nec celsa requirens; sola Dei quæ sunt, alacri sub pectore volvens*: dos alabanzas que bastarian y aún sobrarian para dar fama á un Pontífice, hasta en nuestros tiempos.

RUGGERO BONGHI.

(Traducción de H. Giner.)

(Continuará.)

FILOSOFÍA GRIEGA.

ESCUELA ELEÁTICA.

Xenófanes de Colophon.—Crítica del Antropomorfismo.—Doctrinas metafísicas y físicas.—Parménides de Elea.—La verdad y la opinión.—La razón y los sentidos.—Doctrina y concepto del Sér.—Doctrinas físicas.—Zenon de Elea.—Controversia con los partidarios de la variedad.—Los cuatro argumentos.—Meliso de Samos.—Decadencia de la Escuela.—Juicios.

Las doctrinas de *Heráclito*, aquella especie de vida perpétua, aquel eterno mudar y pasar que constituyen el fondo de su enseñanza, llamaron

la atención de la Crítica moderna y despertaron gran entusiasmo por las razones que en su lugar indicamos. Lo propio sucede con la Escuela Eleática, porque las especulaciones de fines del siglo XVIII y primeros años del XIX parecen también presentidas por los filósofos de Elea. Para Hegel, la Escuela Eleática abre la historia de la filosofía racionalista; para otros críticos vale más aun, pues representa el momento de plenitud de la razón griega, y no es Sócrates, sino *Parménides* quien dá carácter y significación especial á la filosofía de este gran pueblo. Cier to que la Escuela Eleática influye poderosamente en el movimiento Socrático, en Platon, en Aristóteles, y hasta en los Alejandrinos: cierto que la dialéctica Eleática es la base de la dialéctica de Platon y del órganon de Aristóteles; pero de esto á sostener que dicha Escuela señala el punto más alto de la especulación griega, hay una distancia inmensa. La Escuela de *Parménides* no representa el pensamiento griego en posesión de la verdad final; no es más que la continuación de una tendencia parcelaria iniciada en el orden Pitagórico, la abstracción y el idealismo, que ha de ser corregida, depurada ó combatida por pensadores de más talla en la historia de la filosofía griega.

Sin embargo, desconocer que en ella se señala un visible progreso, sería negar las leyes del pensar humano. Su gran mérito consistió en evitar que el sensualismo jónico y el atomismo de *Leucippo* y *Demócrito* se llevaran tras sí el espíritu antropomórfico de los Helenos. Los filósofos de Mileto y de Efeso habian exclamado: nada es, nada subsiste; todo cambia, y muda, y pasa; sólo hay una marea creciente y decreciente, un flujo y un reflujo, produciendo seres que apenas se incendian, humean y quedan reducidos á cenizas; afirmación del movimiento, negación del Sér. La Escuela de Elea nos dirá todo lo contrario; negará el movimiento y afirmará que nada es más que el Sér. Los cambios y mutaciones son engaño de los sentidos. El Sér no cambia, ni muda, ni pasa, es inalterable, es eterno. Llega á semejantes conclusiones partiendo de los datos ideales desenvueltos por el Pitagorismo, antecedentes de gran monta para la Escuela Socrática.

Los principales filósofos Eleáticos, son: *Xenófanes* de Colophon, *Parménides* de Elea, *Zenon* de Elea y *Meliso* de Samos. *Xenófanes* fun-

da la Escuela, *Parménides* la constituye y desenvuelve con admirable encadenamiento lógico, y *Zenon* la propaga como polemista y sosteniendo infatigable de sus principios. En *Meliso*, transacciones con las diversas Escuelas tan fogosamente combatidas por *Zenon*, indican ya la decadencia.

Xenófanes nació en Colophon—617 a. de J. C.—Era un rapsoda, uno de aquellos poetas que recitaban composiciones de carácter épico, religioso y filosófico. Como rapsoda filosófico, se dirigía preferentemente á lo más culto de la sociedad, viajaba por las principales ciudades recibiendo grandes honores, y según tradiciones legendarias, abandonó la Jonia, pasó á Sicilia y después á Lucania, estableciéndose en la ciudad de Elea, Colonia focense. Tenía ya entonces 84 años de edad, pero su inteligencia aun conservaba el vigor de la juventud, tanto que 8 años después compuso varias poesías.

Entre sus poemas, el que más interesa á la filosofía es el denominado *περί τῆς φύσεως*, título muy común entre los griegos en este género de poesía didáctica. Según parece, fué *Xenófanes* el primero en adoptarlo. No se escribió, porque el rapsoda se limitaba á recitar sus composiciones; mas la tradición ha conservado algunos fragmentos que se hallan en la colección de Mullach, *Fragmenta philosophorum graecorum*, á los cuales cabe agregar cierto número de versos de poesías épicas y elegiacas, y como testimonios indirectos, citas y referencias de algunos autores. Es, pues, *Xenófanes* un filósofo poeta, porque en aquellos tiempos aún dominaba la fantasía, y es la forma poética la que responde siempre á tal estado.

En las doctrinas de *Xenófanes* podemos distinguir tres partes: primera, parte crítica, dirigida contra el antropomorfismo pagano; segunda, parte metafísica, referente á la naturaleza de Dios; tercera, parte física ú opiniones que adquirimos por medio de los sentidos, representando apariencias, mas nunca la realidad de las cosas. Fragmentos y pasajes citados por San Clemente de Alejandría y por Aristóteles en sus libros de *Rhetorica* y de *Xenophane, Zenone et Gorgia*, contienen preciosas indicaciones sobre las enseñanzas de *Xenófanes*, especialmente en lo relativo á la primera parte ó crítica de la religión positiva de los griegos.

Distínguese el fundador de la Escuela eleática por su violenta oposición al antropomorfismo. Para él, la poética religión de Grecia es absurda é inmoral, y truena contra Hesiodo y Homero, que han envilecido la magestad divina con el detestable antropomorfismo. Los dioses Homéricos y Hesiódicos son contrarios á la razón. Si los bueyes quisieran crearse un Dios, lo concebirían bajo la forma de buey, los leones con figura de león; las divinidades de los etíopes son negras, los dioses de los tracios tienen su ruda y salvaje fisonomía, y entonces, ¿cuál es, ó cuáles son los verdaderos dioses? Todas las creaciones míticas no son más que degradantes analogías y falsas invenciones.

Si Dios es, ha de ser tal que no tenga nada de común con las existencias concretas que hay bajo él. Superior á los dioses y á los hombres, y distinto de ellos por el cuerpo y por la inteligencia; pero siendo todo á la vez. Este Dios es para *Xenófanes*, según exámetros conservados por San Clemente de Alejandría, uno, espiritual ó inmaterial y eterno. No cabe confundirlo ni aun con el *substratum* de la materia. Es superior á lo más superior que los sentidos nos digan.

Dios es uno, porque lo superior y primero ya no es primero ni superior si deja de ser uno, porque si hubiera pluralidad de dioses, la fuerza y la unidad en sí no podrían ser atributo de ninguno de ellos, y si lo fueran de alguno, ya sería éste el único Dios. Dios es eterno; no ha nacido ni es posible que perezca, porque El solo existe, y lo que existe debiera originarse de lo que existía ó de lo que no existía, hipótesis ambas inadmisibles. Y como Dios es eterno, es también inmutable, y por ser inmutable es inmaterial, pues solo la materia cambia y muda.

Xenófanes buscaba, ante todo, la unidad, y al dirigir su mirada sobre el conjunto del Cielo, como dice Aristóteles, afirmó que la unidad era Dios, y además el Mundo, porque en el Mundo ó Cielo la vió, de suerte que si no hay dos dioses, tampoco hay otro ser que Dios. El es la total existencia.

Pero esto, propiamente hablando, no es Dios ni la unidad de Dios; es la unidad, y solo la unidad, porque Dios, en el pensamiento de *Xenófanes*, es una palabra sin más significado que el de la palabra *Sér*. Afirma la unidad de *Sér*, no de Dios; que no hallamos en los escasos fragmentos que de éste filósofo se conservan, el fun-

damento racional en que algunos críticos se apoyan al sostener que su Dios es un Dios activo y distinto del mundo, nada semejante al de su discípulo *Parménides*.

Ya no se parte, pues, del dato sensible para llegar á lo trascendental, sino que directamente y como de un salto viene *Xenófanes* á caer en el mundo de lo supra-sensible, enalteciendo la unidad constante del Sér como base de la Filosofía. Si la ciencia ha de mostrarse como tal, es preciso ante todo conocer el Sér, conocimiento que es cuestion de sér ó no sér para la Ciencia. En tanto es el pensamiento, en cuanto conoce al Sér.

Aristóteles atribuye á *Xenófanes* ciertas opiniones físicas de poca importancia, pues para los filósofos eleáticos la física era producto de los sentidos, y aquí no cabe conocimiento, porque es el campo donde precisamente se ejercita con entera libertad la fantasía humana. Ningun hombre ha sabido, sabe ni sabrá nada de cierto. La opinion reina en todas las cosas. Así en esta escuela se afirma que la Tierra es ó una esfera ó un cono truncado cuya cima ocupamos nosotros y cuya base se pierde en el infinito; que el mar es fuente de toda humedad; que el sol y las estrellas no son mas que nubes ó vapores desprendidos de la tierra que se inflaman y se apagan cuando decimos que se levantan y se ponen, y en suma, todo conocimiento físico y astronómico descansa en la pura ilusion, en la apariencia.

El filósofo de Elea, por excelencia, el pensador verdaderamente científico de esta Escuela es *Parménides*, el respetable y profundo *Parménides*, como dice Platon. Fué discípulo de *Xenófanes* y recibió de él aquella apasionada tendencia hácia lo ideal y lo absoluto, aquel menosprecio de los estudios físicos, aquella desconfianza hácia los sentidos; en suma, todas las cualidades que caracterizaban al fundador de la Escuela Eleática.

Segun nos refiere el maestro de la Academia en su diálogo «*Parménides*,» éste, acompañado de *Zenon*, recorrió la Grecia y hácia el año 454 llegaron á Atenas, con el propósito de dar á conocer sus doctrinas. Elogia Platon la prodigiosa elocuencia de *Parménides*; y sobre todo su habilidad para la argumentacion. Comprobando fechas, notaremos la posibilidad de

que Sócrates escuchara á *Parménides* y nos será fácil comprender cómo la filosofía Eleática influyó directamente en el tono y pensamiento de la Escuela de Sócrates. Y así es, en efecto; el germen, la raíz de las Escuelas Socráticas está como dada, envuelta en la de Elea, sólo que de aquel germen lo mismo podia brotar el idealismo Platónico que el escepticismo idealista.

Parménides consigna también sus doctrinas en un poema, *περι φύσεως*, donde representa al alma conducida sobre un carro triunfal por fogosos corceles y guiada por jóvenes y puras vírgenes; salva las barreras que detienen al vulgo de los hombres, y despues de atravesar escabrosas rutas, penetra en el Templo de la Justicia, la cual le revela la esencial diferencia entre la Verdad y la Opinion. Se conserva parte del poema, exposicion metódica del pensamiento Eleático, y cuya belleza contribuyó no poco á difundir sus enseñanzas. Divídese en dos partes: la primera trata del Sér en sí y de la verdad absoluta, resultado de la razon pura; la segunda de las cosas sensibles y variables, de los principios naturales, de aquello que los sentidos nos dicen, ó sea la opinion. Hay, pues, dos testimonios, el de los sentidos y el de la razon. Aquél es falaz, las cosas que el sentido muestra quizá no son; sólo el vulgo vil y esclavo, el que para nada nace y para nada sirve, es el que presta asenso á los sentidos. Existe, sin embargo, un testimonio que jamás engaña, que es voz de verdad, la razon; donde no cabe error, porque el objeto de la razon es la ciencia, porque el objeto de la ciencia es el Sér, porque el pensamiento y el Sér son una misma cosa, de modo que esta inaudita afirmacion que tanto ha conmovido las esferas de la Lógica, esta identidad entre el pensar y el sér, surge en la Filosofía griega, apadrinada por la Escuela Eleática. Al pensar el Sér no existe nada intermedio; espontáneamente se muestra el Sér en el Pensar.

El único camino de la Ciencia es, pues, la razon, en toda su independenciam y en el conjunto de todos sus medios. Sólo mediante ella se alcanza verdad y certidumbre, que es tan absurdo apelar á datos y conocimientos sensibles para constituir el edificio de la ciencia, como buscar un punto de apoyo en el vacío. Mas cuando la razon por sí entra en el mundo de lo inteligible, se presentan dos vías, la afir-

mativa y la negativa, ambas relativamente al sér. O se le afirma ó se le niega. Los filósofos se dividen por ambos caminos; pero el segundo conduce á las tinieblas. El que dá luz es el camino de la afirmacion; *el Sér es*. El Sér, en sí, el Sér necesario y absoluto, es lo único que la razon concibe como verdad; la verdad es el Sér, y fuera del Sér nada hay. Por esto la ciencia no se ocupa más que del Sér absoluto, con exclusion de toda otra idea relativa.

El Sér es, ¿y cómo es? Es uno, todo, idéntico. Sólo el Sér existe, porque si hubiera otro algo y diverso, este algo sería el no-sér, y el no-sér, dice *Parménides*, ni lo concibe la inteligencia ni lo expresa la palabra. No cabe imaginar otra cosa más que el Sér. Y por ser uno es continuo, pues si tuviera partes ya no sería uno, sino múltiple. Es infinito, no cabe nada que lo limite ó modifique, pues entonces esto que lo modificara ó limitase, sería otro Sér, y el Sér no sería uno ni universal. Es eterno, no puede dejar de ser, pues si llega á ser nada habría que afirmar la existencia del no ser. Es absoluto, no depende de nadie, pues si dependiera de otro, este otro sería el Sér, ó sería la Nada, y la Nada no puede ser causa, porque entonces ya no sería la Nada. Es inmóvil, pues de lo contrario aquello en que se moviera sería el Sér, y entonces se movería en sí mismo, ó la causa que lo impulsara sería otra, luego habría otro Sér, y el Sér no sería uno, universal é infinito.

Y como no hay más que la unidad del Sér y de la existencia, y todo está lleno, y lo que es, el Sér, no ha nacido, ni cambia, ni *ha sido* ni *será* jamás, porque lo *es* ya todo, y es por sí inmutable, y no hay, por consiguiente, sucesion ni variedad de fenómenos en el espacio, aparecen el movimiento, el cambio, las modificaciones como pura ilusion.

El Sér, en consecuencia, no es Dios, ni la Naturaleza, ni el Espíritu; no es nada determinado, calificativo, sino que *es* en el concepto de la idea generalísima y abstracta de Sér, antes que ninguna limitacion lo altere, tal como la idea pura de Sér es concebida por el pensamiento. Espíritu, Naturaleza, Dios son Sér, porque son, pero no son el Sér. El Sér es la concepcion pura de razon de lo que es antes de que sea algo, el Sér sin calificacion, no siendo nada determinado, ni Dios, ni naturaleza, ni espíritu, ni modo, ni accidente, sino que en aquello en que

convienen por el hecho de *ser* todos ellos, está la idea capitalísima de Sér. Y siendo esto el Sér, claro y evidentemente se demuestra que por el mundo del sentido no podemos llegar á él, sino por la razon pura.

Es, pues, la doctrina de *Parménides* un idealismo panteista, audaz y exclusivo. No determina todas sus consecuencias ni anuncia, siquiera los sucesivos desenvolvimientos que ha de recibir en épocas posteriores: pero recoge y apura el dato principal, la idea de la unidad del Sér.

La segunda parte del poema contenia la Opinion. *Parménides* se representa al Mundo como una mezcla de fuego y tierra, de luz y tinieblas, de calor y frio, agitada por el Amor, el más antiguo de todos los dioses, y el Odio, bajo el imperio irresistible de la fatalidad. Aquí no hay materia de ciencia, sino de opinion, meras hipótesis, porque en lo sensible son más las apariencias que la realidad. El Ser es la realidad, y lo que los sentidos nos digan de móvil y variable será una negacion del principio establecido.

Con tendencia semejante compréndese la escasa importancia que podian tener en la Escuela Eleática los estudios físicos, y si bien en esta segunda parte del poema habla *Parménides* de pluralidad de causas, de procesos naturales, del Ser el y No-er como principios atribuidos á lo caliente y á lo frio, al fuego y á la tierra, repite constantemente que es nuda exposicion de opiniones extracientíficas. Así, no es cierto, como se ha dicho, que *Parménides* se contradiga; todo se reduce á citar opiniones de personas que viven fuera de la ciencia, sin que haya nada que nos muestre el conjunto de una doctrina física profesada por el discípulo de *Xenófanes*.

Zenon de Elea, amigo y compañero de *Parménides*, nacido hacia el año 490 a. de J. C., de hermosa figura é ilustre prosapia, entendió que no debia menospreciarse tanto la parte física y que era preciso destruir las enseñanzas de los Jónicos, si habia de alcanzar importancia y popularidad su Escuela. A este fin consagró todo su talento y actividad, hasta el punto de abandonar la poesia, medio de que se valieron *Xenófanes* y *Parménides* para expresar sus doctrinas, y acudir á la prosa, hecho de alguna trascendencia, porque nos indica que la razon ha crecido y puede romper los lazos que la habian

sujetado al mundo de la fantasía. Era necesario dibujar el pensamiento en forma más adecuada á sus fines dialécticos, para los que no servía ya la forma épica, de modo que aparece la prosa por la lucha del pensamiento con el pensamiento, lucha que engendra inevitablemente la reflexión.

Diógenes de Laercio habla de sus escritos, muy llenos de sabiduría; pero no nos dice cuáles fueron. Suidas cita tres: *Las disputas*, *La explicación de Empedocles* y *Contra los filósofos naturalistas*. Nada de ellas se conserva; no obstante, cabe formar juicio de su método y especial carácter por el análisis que Platon en el diálogo *Parménides* hace de uno de sus libros. Se dividía en varios capítulos, y éstos en proposiciones de los contrarios con quienes disputaba, aceptándolas hipotéticamente para buscar sus consecuencias y hacerles caer en el absurdo.

Hemos citado ya el viaje que hicieron á Atenas *Parménides* y *Zenon*, viaje importantísimo por la inmensa influencia que ejerció en las escuelas del Atica. Leyendo el diálogo *Parménides*, se observa la alta estima que el gran filósofo tributaba á la escuela de Elea. Aquel viaje sirvió para enlazar la especulación Eleática con la que iba á ser Socrática, y mediante él se demostraron las especiales aptitudes del filósofo que nos ocupa, delineadas exactísimamente por Aristóteles al asentar que *Zenon* es el fundador de la dialéctica, de la discusión para el hallazgo de la verdad; cosa semejante á lo que fué el sistema Nyaya entre los indios, donde la argumentación se consideraba como parte integrante de la filosofía. Sin embargo, *Zenon* es dogmático en tanto que afirma, y sólo emplea los recursos dialécticos cuando niega y combate principios contrarios, usando con preferencia la reducción *ad absurdum*. No se vé aún el procedimiento lógico mas que en la parte negativa.

Para que se comprenda el valor y representación de este filósofo en su Escuela, conviene indicar, siquiera no sea más que en sus rasgos generales, el estado de la opinión en Atenas respecto á lo físico, en los tiempos mismos en que *Zenon* comienza su cruzada contra los Jónicos.

Predicábase que todo es átomo, y que por la unión y combinación de los átomos se producía fortuita ó mecánicamente el cuerpo, la extensión, la continuidad. El Sér, pues, es divisible. Pero, si el Sér es divisible, decían los de

Elea, debe serlo hasta el infinito, porque las partes tienen las mismas propiedades esenciales que el todo. Luego hay número infinito de átomos infinitos. Siendo así, la continuidad es imposible. Se pena de admitir continuidad de infinitos, era preciso negar la sucesión, pues la continuidad está toda en cada uno de los puntos que han de formarla. Estos puntos son los átomos, los átomos son infinitos, y si hay continuidad deberán limitarse, y como en el infinito no hay límite, la sucesión, la continuidad, es un absurdo. Con estos antecedentes podremos ya exponer los famosos argumentos de *Zenon* contra el movimiento.

Puesto que la doctrina de los átomos infinitos se opone á la enseñanza del Sér eleático, es indispensable probar cómo todas las afirmaciones atomísticas conducen al absurdo, y de aquí los cuatro argumentos que siguen:

I. *El movimiento es imposible, porque lo que está en movimiento debe atravesar el medio para llegar al fin.* El movimiento es la traslación de algo de un punto á otro, de modo que lo que se mueve ha de atravesar un medio; mas para que así sea, es preciso que en este medio se dé continuidad, y esta no es posible allí donde todo se divide hasta el infinito. Media siempre un espacio entre ambos puntos, y este espacio, por pequeño que sea, será infinito; luego el objeto que se mueve jamás llegará al fin. Lo que decimos que se mueve queda siempre en un punto, en el átomo; luego no se mueve.

II. *El movimiento no existe: Aquiles no podría alcanzar á la perezosa tortuga.* Pues por mínima que sea la distancia entre Aquiles y la tortuga, siempre mediará entre ambos un infinitamente pequeño.

III. *El movimiento es idéntico al reposo.* El reposo es el estar; lo que se mueve empieza á moverse estando en un punto, en un espacio determinado; luego, dada la divisibilidad infinita y la negación de la continuidad, la flecha, por ejemplo, que nos parece moverse, está siempre.

IV y como conclusión: *El movimiento conduce al absurdo.* Supongamos dos cuerpos iguales que se mueven en un espacio dado, en dirección opuesta y con la misma velocidad; uno parte de un extremo, otro del centro, y como el uno sólo habrá recorrido la mitad del espacio cuando el otro le haya recorrido totalmente, resultará que una mitad del tiempo parecerá igual al doble,

Tal es el razonamiento que nos ha conservado Aristóteles. Si efectivamente era así, pudiera creerse que el filósofo de Elea, confiado en la incapacidad de sus adversarios, se permitía de vez en cuando argumentos de esta índole, á manera de distraccion ó pasatiempo.

Además de los cuatro argumentos que preceden, hay otros no ménos importantes, porque tienden, como todos ellos, á enaltecer la doctrina del Sér eleático, á demostrar, por la imposibilidad y absurdo de las afirmaciones contrarias, que el Sér es uno, que no tiene partes, que no hay espacio, que no hay movimiento, etcétera. Se dirigian contra un sistema que, negando toda unidad, no reconocia mas que cosas múltiples y divisibles y, por consiguiente, *Zenon* se esforzaba en probar todo lo contrario. Citaremos tan sólo estos dos argumentos:

Todo movimiento es cambio; cambiar una cosa es no ser lo que era ni lo que será, luego lo que cambia no es, y el cambio, y, por consiguiente, el movimiento en nada existe.

El espacio es el lugar que ocupan los cuerpos; todo lo que es, está en el espacio, luego si el espacio es, ¿qué espacio ocupa el espacio? Solo cabe responder, sino que debe hallarse en otro espacio, y este en otro, y así hasta el infinito. Pero como esto es imposible, resulta que el espacio no se halla en otro espacio, luego no es.

La física de *Zenon* descansa en las mismas inseguras bases que la de *Parménides*; en la apariencia sensible, en la opinion, mostrando tambien al Mundo como resultado de la oposicion de los contrarios, lo caliente y lo frio, lo seco y lo húmedo, el fuego y la tierra, etc.

Casi todos los historiadores de la filosofía acusan á *Zenon* de sutil, y creen que para refutar sus argumentos ni aun necesidad habia de que Diógenes el Cínico se hubiera movido. Antes de admitir sin exámen esta opinion por general consentimiento recibida, conviene no olvidar cuál era la índole de las doctrinas que combatia *Zenon*; contra ellas, contra jónicos y atomistas iban dirigidos sus argumentos, y si hoy que el espacio y el tiempo se explican de otro modo, no cabe ni aun considerar seriamente los razonamientos de *Zenon*, en aquellos tiempos causaron tal embarazo que el famoso Diógenes no encontró razon que oponer á la razon y tuvo que apelar á un hecho.

Quiere *Zenon* rebatir las afirmaciones contra-

rias á la fundamental de su Escuela y, tomando en ellas base para la polémica, expone sus argumentos fundados en la divisibilidad infinita del espacio y en la dificultad de concebir la continuidad del movimiento: siendo este su objeto, es indudable que le cumple en la mayor parte de los argumentos, reduciendo al absurdo la proposicion contraria. Es cierto que hay alguno que otro muy difícil de comprender, y cuya lectura hace dudar si *Zenon* se hallaba en el pleno goce de sus facultades intelectuales ó pretendia mostrarse de los atomistas, cuando echaba mano de semejantes argumentos; pero ni tenemos noticia de argumentacion en contra que los rebatiera victoriosamente, ni está probado que el texto hoy conocido sea tal como lo formuló el filósofo de Elea. Aristóteles, como ya lo hace notar M. Barthelemy Saint-Hilaire, se expresa de una manera ménos que concisa, insuficiente, y los demás argumentos, *relativamente* lógicos, no autorizan para considerar á *Zenon* como uno de tantos sofistas, como un disputador pretencioso que solia caer en el absurdo lo mismo que sus adversarios. Por otra parte, la influencia de *Zenon* como dialéctico, fué decisiva en Grecia; arraigó su enseñanza refutativa entre los sofistas, es verdad, pero tambien en los maestros de las Escuelas Socráticas, que no se desdeñan en reconocerlo así, sirviendo esta misma influencia no á sólo la dialéctica, sino tambien al fondo y capital idea de la Escuela Eleática, que se perpetúa y progresa completándose ó depurándose en aquellas, mediante la popularidad que *Zenon* logró dar á sus doctrinas. Algo hay de semejante entre la forma dialogada de *Zenon* y la sofística; nótese tambien en sus argumentos cierta tendencia á lo sutil, pero jamás llega á desfigurar la dialéctica, á exagerar la enseñanza refutativa tan lastimosamente como los sofistas, convirtiéndola en aquel especial modo de argumentacion que vence al contrincante por el momento, pero no le persuade, que le paraliza y aturde más que le convence, y le desarma sin obtener una victoria definitiva.

Tal es *Zenon* como filósofo y como dialéctico. Hijo adoptivo, fiel discípulo de *Parménides*, nada nuevo aporta al sistema del maestro; se limita á defender su doctrina contra los Jónicos y á continuar la obra por aquél iniciada; propagar y difundir, mediante la discusion, las enseñanzas de la Escuela.

Célebre también como político, combatió la tiranía, y su génio altivo y esforzado jamás pudo tolerar que imperara en su patria. Según Diógenes de Laercio y Plutarco, murió víctima de su patriotismo. Quiso libertar á Elea, tiranizada por Nearco, le fué adversa la fortuna, y cayó en poder de su mortal enemigo, que le intimó denunciara á sus cómplices. *Zenon*, para que el tirano comprendiese que no había fuerza humana capaz de obligarle á hacer traición á los suyos, se cortó la lengua con los dientes y la arrojó al rostro de Nearco. Después de esto sólo cabía la venganza y el suplicio, y *Zenon* murió apedreado, según unos, machacado en un mortero, según otros.

El último representante de esta Escuela es *Meliso* de Samos.—444 antes de J. C.—que ocupó altos puestos en la ciudad, venció á los Atenien- ses en combate naval y escribió un libro en prosa titulado *Del Sér y de la Naturaleza*.

Es el filósofo que señala la decadencia del Eleatismo. Creyó que el fondo de su doctrina era demasiado subjetivo, y para evitar las dificultades que tal sentido pudiera crearle en sus controversias con los Jónicos y Atomistas, puso al Sér infinito, inmutable, indivisible, en el espacio y en el tiempo, confundiendo involuntariamente la idea del Ser con la idea de la materia, y desnaturalizando así la base y peculiar carácter de su Escuela, que ya no refleja aquel panteísmo idealista lógico de *Parménides*, sino que acusa más bien tendencias al panteísmo materialista.

No afirma nunca, sin embargo, expresamente que el Sér y la materia sean una misma cosa; ántes al contrario, en algunos pasajes parece que niega la realidad de la materia, considerándola como una simple apariencia. Pero desde el instante en que las nociones de tiempo y espacio se aplican al Sér, desde el momento en que el Sér es extenso y se identifica con el espacio infinito y ni aun el vacío existe, se hace material y las condiciones fundamentales del Sér, uno, todo, idéntico, eterno, inmóvil, infinito, pasan á ser condiciones de la materia. El Sér, pues, viene á ser la materia, aunque con caracteres muy distintos á los que la asignaban los atomistas. Y como todo lo que hay es Sér, y el Sér todo es materia, resulta que sería perder el tiempo hablar de Dios. Dados estos anteceden-

tes, no es de extrañar que la Escuela Eleática decaiga y descienda hasta confundirse con algunas escuelas escépticas.

Meliso continúa la polémica de *Zenon* contra los Jónicos y principalmente contra los Atomistas, y combate las doctrinas de variedad y pluralidad sostenidas por *Leucipo*, pretendiendo probar que no es posible movimiento ni cambio en las cosas, porque una sola existe, sin haber ninguna otra, ni vacío. El movimiento y el cambio requieren que una cosa suceda á otra, que haya otra cosa ó espacio vacío donde el Sér se mueva. Pero sólo existe el Sér, sin que haya nada más, ni vacío ni lleno.

Este Sér, que es la Unidad material—según ya hemos indicado y afirma Aristóteles en el libro I de su *Metafísica*, completando en otros de la Física el concepto que de él formaba *Meliso*—es infinito, no tiene principio ni fin, y de la infinitud del Sér en el tiempo deducía la del Sér en general. Nada puede ser eterno sin ser infinito en magnitud y sin ser todo, y de esta base incierta derivaba la Unidad, la inmutabilidad y la indivisibilidad del Sér.

Mas concebida esta Unidad como material, se abre ya camino para negarla, y el Eleatismo aparece amenazado de muerte por el Atomismo. Y en esto se fundan principalmente las razones del poco aplauso que alcanzaron las obras y conceptos de *Meliso*.

Sobre el valor, e importancia de la Escuela eleática en la Historia de la filosofía, ha formulado la Crítica juicios muy diversos.

Para los antiguos, esta Escuela no fué más que una exajeración idealista; el idealismo en su forma más absoluta y exclusiva. Negó la realidad de lo sensible; confundió las generalizaciones abstractas que hace la razón sobre datos de la experiencia, con las ideas necesarias; formó su concepto del Sér, abstrayendo de todos los seres sus cualidades y atributos, de tal suerte, que la abstracción y el idealismo de *Pitágoras* tocan ya en sus últimos límites con *Xenófanes* y *Parménides*. Los sentidos nada son y nada valen, porque sólo vale la razón como medio de conocimiento del Sér; Sér que no es nada de lo que es en la realidad.

Llegan los tiempos modernos, se estudia la antigüedad directamente, y afirma Hegel que la Escuela Eleática señala el período en que la

Filosofía entra en el campo de la razón; el pensamiento se aparta de la tendencia hacia lo sensible, pasa á lo racional y *Parménides* es, antes de Sócrates, el filósofo más ilustre entre todos los filósofos griegos. Zeller todavía concede más importancia á esta Escuela y la coloca por encima de la Socrática; Sócrates y sus discípulos no hacen más que deducir consecuencias de las doctrinas de *Parménides*, pues en los conceptos generales del Eleatismo está preludiada la teoría de las ideas de Platon. Ritter no se entusiasma de este modo; se limita acertadamente á reconocer la superioridad de la Escuela Eleática sobre las dos anteriores, mediante su exclusiva tendencia hacia lo suprasensible, que hace que el elemento especulativo se distinga en el pensar del elemento empírico, preparando así á la conciencia para el cultivo de la verdadera filosofía. Y afirmando, además, que sólo el ser existe, es preciso, si se lleva la indagación á la esfera religiosa, afirma que sólo hay un Dios, con los atributos del Sér, es decir, inmutable, eterno, inmaterial, absolutamente todo y perfecto. En cambio, el vicio capital de la Escuela Eleática es no haber conciliado la idea de la Naturaleza con los resultados de su doctrina racionalista. Finalmente, aceptadas las conclusiones de Ritter, indicaremos que todo el merecimiento de esta Escuela es haber puesto de relieve la espontaneidad de la razón humana en su tendencia hacia lo ideal.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

TEORÍAS EVOLUTIVAS DE LYELL Y DE DARWIN.

Las doctrinas que sobre la creación espuso Cuvier, imperaron en absoluto durante los treinta años que precedieron á la aparición de la obra de Darwin, ó sea desde 1830 hasta 1859; admitiéndose, por lo tanto, sin vacilar, la hipótesis anti-científica según la cual, en el curso de la historia geológica, ocurrieron una serie de inexplicables revoluciones, que periódicamente destruían todo el mundo animal y vegetal, apareciendo al fin de cada revolución, ó al principio de cada período geológico, una nueva edición corregida y aumentada, de la población orgánica del globo. Por más que el número de aquellas

ediciones fuese muy incierto y muy difícil de precisar, y aunque los innumerables progresos realizados en todas las ramas de la zoología y botánica demostrasen, más y más, la falta absoluta de fundamento que la hipótesis de Cuvier tenía, y la verdad de la teoría de la evolución natural formulada por Lamarck, continuó, sin embargo la primera, encontrando acogida en casi todos los biólogos. Aquel estado de cosas dependía, ante todo, de la gran autoridad de Cuvier; y esto demuestra de un modo evidente cuánto perjudica al desarrollo intelectual de la humanidad, la creencia en una autoridad cualquiera. Goethe ha dicho, y con sobrada razón, que la autoridad eterniza siempre lo que debe desaparecer, y abandona y deja morir lo que conviene apoyar; debiendo, únicamente, atribuirse á su influencia el estado estacionario del hombre.

Si la teoría de la descendencia de Lamarck sólo empezó á ser aceptada después que Darwin le dió, en 1859, una nueva base, consistió esto, no sólo en la gran autoridad de Cuvier; sino en la influencia que la inercia ejerce sobre el hombre. No se abandona con facilidad la trillada senda de las ideas vulgares para internarse en un nuevo camino considerado como difícilmente practicable. Y, sin embargo, el terreno accesible á la nueva idea, estaba preparado desde muy atrás, merced al naturalista inglés Charles Lyell, que ha prestado tales servicios á la "historia de la creación natural," que me creo en el deber de ocuparme aquí de sus trabajos.

Lyell publicó, en 1830, con el título de *Principios de geología*, una obra que por completo trastornaba la geología, es decir, la historia de la evolución de la tierra, reformándola en el mismo sentido en que, treinta años después, reformó Darwin la biología. El libro de Lyell, que hizo época y destruyó radicalmente la hipótesis de la creación de Cuvier, apareció el mismo año en que Cuvier obtenía su gran triunfo sobre el naturalismo filosófico é inauguraba, en el terreno morfológico, una dominación que duró treinta años. Mientras que Cuvier, por medio de su infundada hipótesis de las creaciones sucesivas, y la teoría de las catástrofes á ella unida, cerraba el paso á la teoría evolutiva, haciendo imposible toda explicación natural, abría Lyell un nuevo camino á la verdad, demostrando, de un

modo evidente por la geología, que las dualistas ideas de Cuvier estaban mal fundadas y eran, por lo tanto, inútiles; y demostrando también, que las modificaciones de la superficie terrestre, que á nuestra vista todavía actualmente se producen, bastan para explicarnos, perfectamente, todos los fenómenos conocidos referentes á la corteza del globo, siendo, por lo tanto, completamente inútil y superfluo recurrir, para explicarlos, á causas ininteligibles ni á misteriosas revoluciones. Probó también Lyell que, para explicar el origen y estructura de la corteza terrestre del modo más natural y sencillo é invocando tan sólo las causas actuales, basta suponer la existencia de períodos cronológicos de muy larga duración.

Creían muchos geólogos que el origen de las más elevadas cadenas de montañas estaba relacionado con las inmensas revoluciones que habían transformado gran parte de la superficie del globo, en particular con las grandes erupciones volcánicas; y que, por ejemplo, la cadena de los Alpes había salido, súbitamente, por una enorme hendidura de la corteza terrestre que daba paso á un torrente de materias ígneas que se desbordaban hasta muy larga distancia. Pero Lyell demostró que podemos explicarnos de un modo natural la formación de aquellas grandes cadenas de montañas, por medio de lentos é imperceptibles movimientos de elevación y depresión de la corteza terrestre, movimientos que en el día se ejecutan á nuestra vista, y cuyas causas de ningún modo son sobrenaturales. Aunque tengan estas elevaciones y depresiones dos pulgadas, ó todo lo más un pie en cada siglo, bastarán, si se verifican durante algunos millones de años, para formar las más altas montañas, sin que para ello haya necesidad de que intervengan misteriosas é incomprensibles revoluciones. La actividad meteorológica de la atmósfera, la acción de la lluvia y de la nieve, la resaca de la mar á lo largo de las costas, fenómenos todos en la apariencia, insignificantes, bastan para producir las más considerables modificaciones, con tal que ejerzan su acción en un espacio de tiempo conveniente. La reunión de pequeñas causas produce los grandes efectos: la gota de agua destruye la dura piedra.

Me es forzoso insistir en la incomensurable duración de los períodos geológicos, porque, como acabais de ver, esta hipótesis es tan absolu-

tamente necesaria para la teoría de Darwin, como para la de Lyell. Si en realidad la tierra y los organismos que contiene se han desarrollado naturalmente, esta evolución lenta y gradual debe haber exigido una duración, cuya medida excede por completo á todo cuanto puede alcanzar nuestra inteligencia. Esto constituye, á juicio de muchos, una de las dificultades para admitir las teorías evolutivas; pero de antemano os hago observar que no hay razón motivada para que pretendamos fijar límites á la duración del tiempo. Y que, no sólo muchos profanos á la ciencia, sino hombres eminentes, crean presentar una objeción á la teoría evolutiva echándole en cara el exigir muy largos períodos de tiempo, es lo que cuesta mucho trabajo comprender, porque ¿á título de qué se quiere limitar la duración de los períodos geológicos? En lo referente á la composición y origen de las capas terrestres, sabemos que el depósito de las rocas neptúnicas en el seno de las aguas, debe haber necesitado muchos millones de años; pero que á aquella formación le asignemos diez mil millones ó diez mil billones es exactamente lo mismo bajo el punto vista la filosofía natural, puesto que, detrás y delante de nosotros, no hay más que la eternidad. Si la hipótesis de aquellos enormes períodos despierta en muchas personas una repugnancia instintiva, es consecuencia de las falsas ideas que nos han inculcado, desde nuestra infancia, con motivo de la pretendida brevedad de la historia de la tierra, que no contaría, en este caso, sino algunos miles de años. Albert Lange ha demostrado, también, en su *Historia del Materialismo*, que una crítica estrictamente filosófica, debe suponer, en historia natural, períodos más bien muy largos que muy cortos; y se comprende tanto mejor, en efecto, una evolución progresiva, cuanto más tiempo ha empleado en realizarse, porque para la existencia de tales fenómenos, lo que hay de más inverosímil es un período corto y limitado.

Me falta tiempo para hacer un resumen más detallado de la excelente obra de Lyell, así que me limitaré á indicaros el más importante resultado, cual es el de haber aniquilado las revoluciones mitológicas de Cuvier, así como su teoría de las creaciones sucesivas, habiéndolas reemplazado por una lenta é incesante transformación de la corteza terrestre, debida á la persistente

actividad de fuerzas que todavía están ejerciendo su influencia en la superficie del globo, como son la acción de las aguas y de las materias volcánicas encerradas en el seno de la tierra. Lyell demostró también el encadenamiento continuo é ininterrumpido de toda la historia geológica del globo, y lo demostró de un modo tan irrefutable, estableciendo con tal claridad el predominio de las causas existentes (*existing causes*), de causas todavía actualmente activas, y que trabajan sin cesar en la transformación de la corteza de nuestro planeta que, muy poco tiempo después, abandonaron completamente los geólogos la hipótesis de Cuvier.

Es muy extraño, sin embargo, que la paleontología, al menos la que estudian los zoólogos y botánicos, no se haya asociado al gran progreso efectuado por la geología, y que continúe, por lo tanto, admitiendo aquellas creaciones sucesivas que renovaban toda la población animal y vegetal al principio de cada período geológico, por más que esta hipótesis de creaciones parciales intercaladas en el mundo no sea considerada, después de haber desechado la teoría de las revoluciones, sino como un insostenible despropósito; porque es evidentemente un absurdo el suponer, en épocas determinadas, nuevas y especiales creaciones de todo el mundo animal y vegetal, si la corteza terrestre no ha sufrido, á la vez, un considerable trastorno. Y sin embargo, por más que tal idea está íntimamente unida á la teoría de las catástrofes de Cuvier, continuó imperando, á pesar de haberse abandonado la otra.

Reservado estaba al gran naturalista inglés Charles Darwin hacer que cesase aquel desacuerdo, demostrando que el mundo orgánico, lo mismo que la corteza terrestre, tienen una historia nunca interrumpida; y probando que los animales y plantas se han diferenciado los unos de los otros por medio de una gradual transformación, del mismo modo que las variables formas de las capas terrestres, los continentes y los mares que los bañan y separan entre sí, han tenido una anterior configuración muy diferente de la que actualmente presentan. Tenemos, pues, el perfecto derecho de asegurar que Darwin ha dado á la zoología y botánica un impulso progresivo equivalente al que su eminente compatriota Lyell ha dado á la geología; y que, merced á los trabajos de estos dos hom-

bres, se ha demostrado la continuidad de la evolución histórica en la historia natural, y la sucesión de los diversos órdenes de cosas, que provienen unos de otros por una lenta modificación.

Repetiré, ahora, lo que ya he dicho en las lecciones precedentes, á saber: que tiene Darwin el doble mérito de haber discutido, en primer lugar, la teoría de la descendencia fundada por Lamarck y Goethe con más amplitud y generalidad que aquellos; y de haberle dado, después, con la teoría de la selección que exclusivamente le pertenece, una base más sólida, poniendo en evidencia sus principales causas; esto es, demostrando las causas eficientes de las modificaciones, hasta entonces invocadas nada más que á título de simples hechos. La teoría de la descendencia, introducida en la biología por Lamarck en 1809, afirmaba que las diferentes especies animales y vegetales descenden de una ó de un pequeño número de formas primitivas muy sencillas, nacidas por generación espontánea. La teoría de la selección, fundada por Darwin en 1859, nos dá la razón, el por qué de esta evolución, rasgando el velo que ocultaba las causas eficientes, y realizando así el voto de Kant. En el dominio de la historia natural orgánica, es, pues, Darwin, el Newton cuya futura aparición proféticamente aseguraba Kant que nunca podríamos saludar.

Antes de exponer la teoría de Darwin voy á decir algunas palabras, que seguramente tendrán para vosotros algún interés, sobre la personalidad de aquel gran naturalista, sobre su vida y sobre el camino que ha tenido que recorrer para llegar á formular las bases de su doctrina.

Nació Charles-Robert Darwin el 12 de Febrero de 1809 en Shrewsbury, sobre el río Severn, contando, por lo tanto, en la actualidad, sesenta y ocho años. En 1825 entró en la Universidad de Edimburgo, y dos años después, en el colegio del Cristo, en Cambridge. Tenía apenas veinte y dos años cuando, en 1831, fué designado para formar parte de una expedición científica que el gobierno inglés enviaba á reconocer detenidamente la parte meridional del continente americano y á explorar, á la vez, varios puntos del mar del Sur. Aquella expedición, á ejemplo de otras no menos célebres que Inglaterra ha organizado, tenía por principal objeto resolver problemas científicos y cuestio-

nes prácticas relativas al arte de la navegacion.

El buque, mandado por el capitán Fitzroy, tenia un nombre extraordinariamente simbólico: se llamaba el *Beagle*, es decir el *Sabueso*. El viaje del *Beagle*, que duró cinco años, ejerció la mayor influencia en el desarrollo intelectual de Darwin; así es que, desde que pisó por la primera vez el suelo de la América del Sur, nació en su mente la idea de la doctrina genealógica, que más tarde consiguió desarrollar por completo. De la relacion de aquel viaje, escrita, con muy interesante forma, por el mismo Darwin, os recomiendo la lectura, muy diferente de la mayor parte de las obras de esta clase; porque no sólo conoceréis, de ese modo, la amable personalidad de Darwin, sino que encontrareis allí multitud de curiosos datos referentes al camino que ha tenido que recorrer para llegar á fijar sus ideas. El más inmediato resultado de aquél viaje fué una extensa relacion científica, en cuya parte zoológica y geológica colaboró Darwin, publicando despues un trabajo sobre la formacion de los arrecifes de coral, tan notable, que, él solo bastaria para rodear su nombre de una gloria imperecedera. Todos vosotros sabeis que la mayor parte de las islas del mar del Sur están constituidas, ó cuando ménos rodeadas, por bancos de coral. Nadie, hasta entónces, habia podido explicar de una manera satisfactoria las singulares formas de aquellos arrecifes, ni ménos su situacion con respecto á las islas no formadas por ellos; difícil problema cuya solucion estaba reservada á Darwin, y á la cual llegó, apoyándose en el dato de la actividad de los animales que elaboran el coral, y en la elevacion y depresion del fondo de los mares, lo cual explica tambien el origen de las diferentes formas de arrecifes. La teoria de Darwin del origen de los bancos de coral, como su doctrina ulterior del origen de las especies, es una teoria que explica perfectamente los fenómenos por la sola influencia de las más sencillas causas naturales, y sin necesidad de recurrir hipotéticamente á otros agentes desconocidos. Entre los diversos trabajos de Darwin, debo tambien citar su bella *Monografía de los Cirripedos*, notable clase de animales marinos, tan parecidos á los moluscos en ciertos caracteres exteriores, que Cuvier los habia colocado entre los moluscos bivalvos, cuando en realidad pertenecen á los crustáceos.

Las grandes molestias que sufrió Darwin en aquel viaje de cinco años, habian alterado su salud de un modo tal, que á su regreso se vió forzado á abandonar el bullicio de la populosa Lóndres, para habitar, desde aquella época, en un tranquilo retiro situado en sus dominios de Down, cerca de Bromley, en el condado de Kent, á una hora de Lóndres por el ferrocarril. Aquel alejamiento de la incesante agitacion de la gran capital, fué en extremo beneficioso para Darwin, y á él sin disputa se debe la teoria de la descendencia; porque, desembarazado del cúmulo de negocios que en Lóndres le hubieran hecho malgastar el tiempo y sus fueras, pudo concentrar toda su actividad en el estudio del vasto problema en presencia del cual su largo viaje le habia colocado. Para daros una idea de la clase de observaciones que, durante su navegacion, habian dado origen en la mente de Darwin al pensamiento fundamental de la teoria de la seleccion, y de qué modo las completó más tarde, permitidme que os lea un párrafo de una carta que me escribió el 8 de Octubre de 1864:

Tres clases de fenómenos me causaron una viva impresion, en la América del Sur: la primera fué el modo con que las especies muy próximas se suceden y se reemplazan á medida que se camina de Norte á Sur; la segunda, el cercano parentesco de las especies que habitan las islas del litoral de la América del Sur, con las que pertenecen á aquel continente; lo cual me admiró tan extraordinariamente como la variedad de las especies que habitan el archipiélago de la tierra de los Galápagos, próxima á la Tierra Firme; y fué la tercera las estrechas relaciones que unen á los mamíferos desdentados con los roedores contemporáneos de las extinguidas especies de las mismas familias; no olvidando jamás la sorpresa que tuve al desenterrar un resto del Armadillo gigante, análogo al del Armadillo actual.

«Meditando en estos hechos, y comparándolos con otros del mismo órden, me pareció verosímil que las especies afines podian ser la posteridad de una anterior forma comun; pero, en muchos años, no me fué posible comprender cómo aquella forma habia podido adaptarse á tan diversas condiciones de la vida. Con este objeto me puse á estudiar sistemáticamente los animales y las plantas domésticas, habiendo vis-

to, al cabo de algun tiempo, que la más importante influencia modificadora reside en la libre eleccion del hombre y en el modo de escoger los individuos destinados á propagar la especie. Como habia estudiado muchas veces el género de vida y las costumbres de los animales, estaba preparado para formarme una idea exacta de la lucha por la existencia, y mis trabajos geológicos, por otra parte, me habian hecho conocer la inmensa duracion de los espacios de tiempo que en la historia de la tierra habian trascurrido. Habiendo leído entonces, por efecto de una feliz casualidad, el libro de Malthus sobre el *Principio de la poblacion*, nació en seguida en mi espíritu la idea de la seleccion natural; y entre los principios de orden secundario, el último, cuyo valor he aprendido á apreciar, fué el significado y las causas del principio de divergencia.

Como acabais de ver, Darwin se dedicó desde su regreso á estudiar, en la soledad y el silencio de su retiro, los organismos domésticos, animales y vegetales; medio indudablemente el más natural y seguro de llegar á la teoría de la seleccion.

En este, como en todos sus trabajos, procedió Darwin con un cuidado y una atencion esmerados; y, dando prueba de una circunspeccion y una abnegacion admirables, no publicó en el espacio de veintiun años, es decir, desde 1835 á 1857, ni aun la exposicion preliminar de su teoría, que, sin embargo, habia formulado por escrito desde 1844, sino que se limitó en todo aquel tiempo, á acumular hechos positivos, á fin de no darla á luz sin haberla fundado de antemano en una amplia base experimental. Por fortuna, en medio de tan pacíficas investigaciones que tenían la mayor perfeccion posible, y que acaso hubieran acabado por impedirle publicar ninguno de sus trabajos, vino á turbar su quietud uno de sus compatriotas, que, sin conocer á Darwin, habia encontrado y formulado, en 1858, la teoría de la seleccion, de la cual le envió un extracto, rogándole que lo mandase á Lyell para que lo publicase en un periódico inglés. Aquel compatriota de Darwin era Alfred-Russel Wallace, uno de los más intrépidos y beneméritos viajeros-naturalistas contemporáneos. Wallace habia andado errante muchos años por las islas del archipiélago de la Sonda y por los sombríos bosques vírgenes del archipiélago indio, y al estudiar profundamente, sobre el ter-

reno, aquella region tan rica é interesante por la gran variedad de su poblacion animal y vegetal, habia obtenido precisamente las mismas conclusiones generales que Darwin, sobre el origen de las especies orgánicas. Lyell y Hooker, que desde muy atrás conocian las ideas de Darwin, le decidieron á que publicase, al mismo tiempo que el extracto de Wallace, un pequeño resumen de sus trabajos; lo cual efectuó en Agosto de 1858, en el periódico de la *Linnean Society*, de Londres.

La obra capital de Darwin sobre el *Origen de las especies*, en la cual se desarrolla esplicitamente la teoría de la seleccion, se publicó en Noviembre de 1859; y aquel libro, cuya quinta edicion vió la luz en 1869 y del cual se han publicado traducciones á varios idiomas, fué anunciado por Darwin como un simple pródromo de una obra más extensa, en la cual se daría una detallada demostracion experimental, basada en multitud de hechos favorables á su teoría. La primera parte de aquella gran obra, anunciada por Darwin, vió la luz pública en 1868 con el título de: *Variaciones de los animales y plantas domésticos*. Contiene aquella obra un rico caudal de hechos, desde luego decisivos, que prueban cuantas modificaciones extraordinarias en las formas orgánicas puede obtener el hombre por medio de la cria y la seleccion artificial. A pesar de aquella superabundancia de hechos demostrativos, de ningun modo participo yo de la opinion de aquellos naturalistas que opinan que la teoría de la seleccion ha sido fundada sólo por estos desarrollos complementarios, sino que, para mí, en el primer trabajo que Darwin publicó en 1859, estableció ya su teoría en bases suficientes. La poderosa fuerza de aquella doctrina no consiste en el inmenso número de hechos particulares, que pueden presentarse como pruebas, sino en la armoniosa concordancia de los hechos capitales, concordancia que atestigua la verdad de la teoría de la seleccion.

La más importante consecuencia de la teoría de la descendencia, ó sea el parentesco genealógico que la especie humana tiene con otros mamíferos, fué el punto que intencionalmente se reservó Darwin, esperando á que otros naturalistas la hubieran deducido como resultado necesario de la teoría de la descendencia, para declarar expresamente que tal deduccion estaba legítimamente obtenida, llegando así "al coro-

namiento de su edificio." Pero esto solo puedo á hacerlo en 1871, al publicar una obra de gran interés que se titula: *El Origen del hombre y la seleccion sexual*.

El minucioso estudio que Darwin hizo de los animales domésticos y de las plantas cultivadas, es de gran utilidad para la teoría de la seleccion; porque, para comprender con exactitud las formas animales y vegetales, es muy importante conocer las modificaciones, infinitamente variadas, que de los organismos domésticos obtiene el hombre por medio de la seleccion artificial; y sin embargo, hasta estos últimos tiempos, los zoólogos y botánicos habian abandonado completamente este estudio. Nó abultados volúmenes, sino bibliotecas enteras se han llenado con descripciones de especies consideradas aisladamente, y con los pueriles debates entablados para saber si aquellas especies eran buenas, medianas ó malas, sin haber conseguido, á pesar de esto, determinar la idea de especie. Si en vez de perder el tiempo en tan inútiles bagatelas, hubiesen estudiado convenientemente los naturalistas los organismos cultivados, y se hubiesen ocupado, nó solo de las formas muertas, sino de las vivas ó existentes, así como de las metamorfosis de las mismas, ménos tiempo hubiera sido la ciencia esclava de los erróneos dogmas de Cuvier; pero como de los organismos cultivados surgen hechos precisamente opuestos á la idea dogmática de la inmutabilidad de la especie, de intento han dejado los naturalistas de ocuparse de ellos; habiendo asegurado algunos biólogos eminentes que los animales domésticos y las plantas de los jardines son productos artificiales del hombre, no significando su formacion y metamorfosis absolutamente nada para el carácter de la especie, ni para el origen de las formas de los tipos salvajes, ó que viven en el estado natural.

Tan léjos se llevó esta absurda apreciacion de los hechos, que un zoólogo de Munich, Andreas Wagner, emitió, en sério, el ridículo siguiente aserto: "Los animales y plantas salvajes han sido creados por Dios en estado de especies claramente distintas é inmutables; pero no necesitó hacer lo mismo con los animales domésticos y las plantas cultivadas, puesto que de antemano estaban destinadas para uso del hombre." Habiendo modelado al hombre en un pedazo de barro, lo animó el Creador con el

soplo de la vida, creando despues para él los diferentes animales domésticos y plantas de jardin, cuyas especies podia evitarse el trabajo de diferenciar. Pero el árbol de la ciencia del Paraíso terrenal, ¿era una buena especie salvaje, ó bien, en su calidad de planta cultivada, era una especie espontánea? Hé aquí un punto que, desgraciadamente, deja Andreas Wagner sin aclarar. Puesto que el árbol de la ciencia habia sido colocado por el Creador en el medio del jardin, me inclino desde luego á creer que era una planta cultivada, escogida con sumo cuidado, y por lo tanto que no era una especie, pero como, por otra parte, estaba prohibido al hombre comer de su fruto, y como hay multitud de hombres, segun claramente nos enseña el ejemplo de Vagner, que jamás lo han probado, es evidente que aquél árbol no habia sido creado para uso del hombre, y por lo tanto, debia ser una buena especie salvaje. ¡Lástima es que Vagner no nos haya dado más aclaraciones sobre punto tan delicado!

Por ridícula que nos parezca esta opinion, no es más que la exageracion natural de una idea falsa, pero muy estendida, sobre la naturaleza especial de los seres orgánicos domésticos; así que mil veces oireis objeciones análogas á muy distinguidos naturalistas. Por mi parte, creo que estoy en el deber de combatir una idea tan errónea; que es tan absurda como la opinion de algunos médicos que afirman que las enfermedades son productos artificiales, y de ningun modo fenómenos naturales. Sólo despues de muchos y muy continuados esfuerzos se ha logrado desterrar aquella preocupacion; y sólo en nuestros dias se han llegado á considerar las enfermedades como modificaciones naturales del organismo, ó fenómenos vitales puramente naturales, producidos por variaciones, por hechos anormales realizados en las condiciones de la existencia.

Lo mismo sucede con los productos de la cria y del cultivo, que no son creaciones artificiales del hombre, sino productos naturales resultado de condiciones particulares. Nunca ha tenido el hombre el poder de crear nuevas formas orgánicas, limitándose solo, su poder á variar, los organismos por medio de nuevas condiciones que sobre ellos ejerzan una accion modificadora. Los animales domésticos, como las plantas cultivadas, descienden originariamente de especies sal-

vajes que sólo han sido modificadas por las condiciones especiales de la domesticidad.

Es muy importante para la teoría de la selección el detenido estudio comparativo de las formas orgánicas domésticas (razas ó variedades) y de los organismos salvajes (especies ó variedades) que no han sido modificadas por el cultivo. Lo que desde luego sorprende en esta comparación es la extraordinaria brevedad del tiempo que se emplea en obtener una forma nueva, y la grande y extraordinaria desviación que existe entre aquella forma, por el hombre producida, y el tipo de donde procede. Mientras que algunos animales y plantas salvajes parecen, á los zoólogos y botánicos que las coleccionan, ofrecer formas siempre aproximadamente iguales, á pesar de los años que trascurren,—lo cual ha sido causa del dogma erróneo de la fijeza de las especies,—los animales domésticos y las plantas cultivadas, sufren, por el contrario, los más variados cambios en un corto número de años. Así es que los progresos realizados por los jardineros y agricultores en el arte de las crias artificiales, son de tal naturaleza, que en el día se puede, en muy corto espacio de tiempo, en muy pocos años, obtener á voluntad una forma animal y vegetal enteramente nueva.

Basta para esto someter el organismo á la influencia de condiciones especiales, y hacerlo reproducirse bajo esta influencia capaz de producir una nueva organización; y despues de haber pasado algunas generaciones, se llega de este modo á obtener nuevas especies que difieren de la forma primitiva más que difieren entre sí las especies salvajes llamadas "buenas especies". Se ha pretendido, sin razon, que las formas cultivadas que descenden de una sola y única forma, difieren ménos entre sí que las especies salvajes; pero si se las compara con toda imparcialidad, se verá fácilmente que muchas razas y variedades, obtenidas en pocos años de una sola forma cultivada, difieren más entre sí que las que se llaman buenas especies, y hasta que ciertos géneros de una familia en estado salvaje.

Para dar á estos en extremo importantes hechos, una base empírica lo más sólida posible, se dedicó Darwin á estudiar, en sus múltiples variedades, un grupo especial de animales domésticos, habiendo elegido las palomas domésticas que son, por más de un concepto, muy á propósito para tal estudio. Conservó, pues, por mu-

cho tiempo, todas las razas y variedades que le fué posible procurarse, habiendo sido auxiliado, en su empresa, por multitud de remesas de aquellas aves que le enviaron de todas las regiones del mundo. Además se afilió á dos clubs de palomas que habia en Lóndres cuyos individuos se ocupaban de su cria con un talento realmente artístico, y con una pasión incansable, poniéndose, á la vez, en relacion con los más célebres aficionados; con cuyos medios pudo reunir y tener á su disposición los más abundantes materiales, así como los más raros ejemplares. El arte de criar palomas, y la afición á poseerlas, vienen de muy antiguo. Los egipcios ya las criaban, más de tres mil años antes de Jesucristo. Los romanos del imperio dedicaban sumas enormes á tal objeto, y llevaban un registro exacto de la descendencia de las palomas, del mismo modo que los árabes y los nobles Mecklemburgueses conservan con gran cuidado el registro genealógico de sus caballos los unos, y de sus antepasados los otros. Tambien la cria de las palomas era en el Asia un capricho y una moda á las cuales venian, de muy atrás, rindiendo culto los más opulentos príncipes, así que en la corte de Akber-Khan, hácia el año 1600, habia más de 20.000 palomas. De aquí que, despues de haber trascurrido algunos miles de años, y bajo la influencia de los variados métodos de cria puestos en práctica en diferentes regiones, se ha visto proceder, de un tipo original y único, que habia sido domesticado en el principio, una gran cantidad de razas y variedades diversas, cuyos tipos extremos difieren extraordinariamente entre sí, teniendo, con frecuencia, muy especiales caracteres.

Una de las más notables razas de palomas es la que todos conocemos con el nombre de paloma-pavo-real (colipava); llamada así, porque su cola tiene una forma parecida á la del ave, cuyo nombre ha tomado su cola. Consta de treinta á cuarenta plumas dispuestas en rueda ó abanico, mientras que las demás palomas tienen un número mucho ménos de plumas caudales, que son casi siempre doce. Es conveniente advertir, con este motivo, que el número de plumas caudales en las aves constituye, para los naturalistas, un carácter tan seguro, que se ha empleado hasta para distinguir órdenes enteros; así, por ejemplo, las aves canoras tienen, casi sin excepcion, doce plumas caudales,

las aves que chillan ó gritan (*strisores*), diez, etc. Muchas razas de palomas están caracterizadas por tener un mechón de plumas cervicales, formando una especie de penacho; otras, por una extraña transformación del pico y de los piés, por adornos especiales con frecuencia muy sorprendentes, como, por ejemplo, repliegues cutáneos que se desarrollan sobre la cabeza; otras, por un gran buche, que forma un abultamiento sobre el exófago, en la region del cuello, etcétera. Son también muy notables las costumbres de muchas palomas, entre las cuales pueden citarse los ejercicios musicales de las palomas-trompeteras, y de las palomas-tórtolas; el instinto topográfico de las palomas mensajeras; el de las palomas-volteadoras, que tienen la original costumbre de dar vueltas en el aire, dejándose caer cabeza abajo como muertas, después de haberse elevado reunidas en gran número.

Los hábitos y costumbres, infinitamente variados, de estas razas de palomas, su forma, su tamaño, el color de las distintas partes de su plumaje, sus proporciones relativas, difieren de un modo admirable; mucho más que las especies llamadas "buenas," y á veces, más que los distintos géneros, ó sean las palomas salvajes. Pero—y esto es lo más interesante—no se limitan aquellas diferencias á la conformación exterior, sino que existen en los órganos internos más importantes; observándose, por ejemplo, notables modificaciones en el esqueleto y en el sistema muscular; así como gran diversidad en el número de vértebras y costillas, en el tamaño y forma del esternon, de la horquilla, del maxilar inferior, de los huesos de la cara, etc. En resumen, el esqueleto óseo, que los morfólogos consideran como una de las partes más fijas del cuerpo, y que, según ellos, no varía en el mismo grado que las otras, está de tal modo modificado en las palomas, que se pueden considerar muchas razas de aquellas, como géneros distintos, lo que se haría sin duda alguna, si en tales condiciones se las encontrase en estado salvaje.

Hay una circunstancia que prueba perfectamente hasta dónde llega la diversidad de las razas de palomas, y es que los criadores opinan unánimemente que cada raza particular de palomas que tiene caracteres propios y exclusivos, procede de una especie salvaje especial; por lo cual cada uno admite un número distinto

de especies-madres. Sin embargo, Darwin ha demostrado claramente,—lo cual era muy difícil,—que todas aquellas razas descienden, sin excepción, de una sola especie salvaje, que es la paloma blanca (*Columba livia*); y de igual modo se puede demostrar que las diferentes razas de la mayor parte de los animales domésticos y plantas cultivadas, son la posteridad de una especie salvaje única, domesticada por el hombre.

En los mamíferos, nos ofrece el conejo doméstico, un ejemplo análogo al de las palomas. Todos los zoólogos, sin excepción, consideran, desde mucho tiempo demostrado, que todas las razas y variedades de conejos proceden del conejo salvaje, y por consiguiente, de una especie única; y, sin embargo, de tal modo difieren entre sí los tipos extremos de estas razas, que cualquier zoólogo que los encontrase en estado salvaje, de claridad sin vacilar, que no solo eran "buenas especies," sino especies que pertenecían á géneros muy distintos de los leporidos. No solo varían extraordinariamente y en direcciones muy opuestas el color, longitud y otras particularidades del pelo de las diversas razas de conejos domésticos, sino—lo que todavía es más notable—la forma típica del esqueleto y de sus distintas partes, en especial la del cráneo y la de los dientes, tan importantes para la clasificación; y del mismo modo la longitud relativa de las orejas, etc. Bajo todos estos aspectos difieren entre sí mucho más las razas de los conejos domésticos, que todas las diversas formas de conejos salvajes y de liebres, reconocidas como buenas especies, que existen en toda la superficie terrestre. Pues á pesar de estos hechos tan notorios, pretenden todavía los adversarios de la teoría evolutiva que los últimos tipos, ó sean las especies salvajes, no descienden de un solo tronco salvaje común, mientras que sin dificultad conceden la descendencia común á los primeros tipos, ó sean las razas domésticas. Cuando los adversarios se obstinan en cerrar de este modo los ojos á la luz de la evidencia, que como el sol brilla en todas partes, inútil es, en verdad, luchar por más tiempo para convencerlos.

Si es cierto que las palomas, los conejos domésticos "los caballos, etc., á pesar de su notable divergencia, descienden de una sola especie salvaje, todavía es más verosímil que las razas

múltiples de algunos animales domésticos, por ejemplo, el perro, el cerdo, el buey, proceden de muchas especies salvajes, que se han mezclado, despues, en el estado de domesticidad. Sin embargo, el número de aquellos tipos salvajes primitivos es siempre muy inferior al de las formas domésticas derivadas que proceden de su cruzamiento y de su domesticacion, y naturalmente estos mismos tipos primitivos descienden originariamente de una forma anterior comun á todo el género. Jamás una raza doméstica desciende de una especie correspondiente salvaje y única.

Pero, por el contrario, casi todos los agricultores y jardineros afirman, sin vacilar, que cada una de las razas domésticas que cultivan, desciende de una especie salvaje especial. Esto consiste en que, conociendo perfectamente las diferencias que existen entre las razas, y apreciando en mucho el carácter hereditario de las mismas, no pueden imaginarse que aquellas particularidades sean simplemente el resultado de una lenta acumulacion de variaciones casi imperceptibles. Hé aquí por qué, bajo este punto de vista, la comparacion de las razas domésticas con las especies salvajes es en extremo instructiva.

Muchas personas, y en especial los adversarios de la teoría evolutiva, han hecho los mayores esfuerzos para descubrir algun criterio morfológico ó fisiológico, alguna propiedad característica que pueda diferenciar de una manera clara y distinta las razas cultivadas, creadas artificialmente, de las especies salvajes que se han constituido naturalmente. Pero todas sus tentativas han fracasado por completo, no habiendo dado por consecuencia sinó una certeza mayor para el resultado opuesto; ó lo que es lo mismo, vinieron á demostrar que tal distinción es imposible. En mi crítica de la idea de la especie, he discutido detalladamente este punto, aclarándolo con ejemplos. (*Morfología general*, II, 323-364).

Aquí sólo puedo examinar de paso una de las fases de esta cuestion: la que se refiere al hibridismo, que ha sido considerada no sólo por los adversarios del darwinismo sino por algunos de sus más decididos partidarios, como uno de los puntos más vulnerables de su doctrina. Se diferenciaban las razas domésticas de las especies salvajes, diciendo que las primeras po-

dian dar productos bastardos fértiles, y las otras nó. Dos razas cultivadas distintas, ó dos variedades salvajes de una misma especie, debian poseer, en todos los casos, la facultad de producir bastardos capaces de reproducirse al cruzarse, ya entre sí, ya con los tipos paternos; y, por el contrario, dos especies realmente distintas, dos especies domésticas ó salvajes, pertenecientes á un mismo género, no debian poseer esta facultad.

El primer aserto está lisa y llanamente desmentido por los hechos; porque hay organismos que, ni pueden cruzarse con sus incontestables antepasados, ni con una posteridad fecunda; como sucede con el conejo de Indias doméstico que nunca se apareja con su antepasado del Brasil, mientras que el gato doméstico del Paraguay, que desciende del gato doméstico europeo, no se apareja con este último. Ciertas razas de perros domésticos, como el perro de Terranova y el pernillo de Malta, es mecánicamente imposible que puedan aparejarse. Un interesante ejemplo de esta clase de hechos nos ofrece el conejo de la isla de Porto-Santo. (*Lepus Huxleyi*). Algunos conejos que habian nacido á bordo de un navío, fueron depositados, el año de 1419, en la isla de Porto-Santo, cerca de Madera; aquellos conejos eran hijos de un conejo español doméstico. Como en la isla no habia animales de presa, se multiplicaron de una manera tan extraordinaria, y en tan poco tiempo, que se convirtieron en una verdadera calamidad, hasta el punto de ocasionar la supresion de una colonia establecida en aquella localidad. En el dia hay muchos en la isla; pero, en el espacio de 450 años, han formado una variedad especial, ó, si se quiere, una "buena especie," caracterizada por un color particular, una forma parecida á la del raton, costumbres noctámbulas, y un extraordinario salvajismo. Pero lo más importante es que aquella nueva especie, llamada por mí *Lepus Huxleyi*, no se cruza con el conejo europeo, del cual desciende, ni produce con él ningun bastardo, mestizo ó híbrido.

Tenemos, por otra parte, en la actualidad, numerosos ejemplos de verdaderos híbridos fértiles, esto es, de individuos que proceden del cruzamiento de dos especies enteramente distintas, y que, sin embargo, se reproducen si se cruzan entre sí, ó con sus descendientes. Hace mucho tiempo tambien que los botánicos cono-

cen algunas de estas especies bastardas (*species hybridæ*), como son las que han producido ciertos géneros de cardos (*Cirsium*), de codesos ó cíttis (*Cytisus*), de escaramujos (*Rubus*), etc. No sólo no se puede decir que estos hechos sean raros en los animales, sino que se puede asegurar que son frecuentes. Así, por ejemplo, conocemos híbridos fecundos que provienen del cruzamiento de dos especies distintas del mismo género, los híbridos de muchos géneros de mariposas (*Zigaena, Saturnia*); híbridos de géneros de la familia de carpas; híbridos de pinzones, de gallináceas, de perros, etc. Uno de los híbridos más interesantes es la *liebre-conejo* ó leporido (*Lepus Darwinii*), producto bastardo de nuestra liebre y nuestro conejo indígenas, que se venía obteniendo en Francia, desde 1850, con un fin puramente gastronómico.

Merced á la galantería del profesor Conrad que en sus posesiones ha multiplicado los ensayos de esta clase, poseo ejemplares de aquellos híbridos, obtenidos aparejando híbridos nacidos de una liebre macho y de una coneja, que, aunque se parecen más en general á su madre, llevan, sin embargo, en la forma de las orejas y en la de los miembros posteriores, ciertos rasgos ó caracteres de su padre. Su carne tiene un gusto excelente, pareciéndose mucho á la de la liebre, aunque el color de la misma se aproxima más á la del conejo. El sér híbrido así obtenido, y al que, en obsequio á Darwin, he llamado *Lepus Darwinii*, parece que, por efecto de una persistente seleccion, se va aproximando á una "verdadera especie." Pero la liebre (*Lepus timidus*) y el conejo (*Lepus cuniculus*) son dos especies distintas del género *Lepus*, y ningun clasificador veria en ellas solamente variedades. Tienen además aquellas dos especies, un género de vida tan diferente, y experimentan tanta aversion la una hácia la otra en el estado salvaje, que nunca se las ve cruzarse; pero si se crían juntos dos hijos de ambas especies, desaparece aquella antipatía y se cruzan produciendo el *Lepus Darwinii*.

Otro notable ejemplo de cruzamiento entre especies distintas,—y aquí las especies hasta pertenecen á diferentes géneros,—nos ofrecen los híbridos fecundos de carnero y cabra, que, con un fin puramente industrial, hace mucho tiempo que se crían en Chile. En el cruzamiento sexual, la fecundidad depende de circunstan-

cias poco importantes lo cual se deduce del siguiente hecho: el macho cabrío y la oveja engendran híbridos fecundos, mientras que el carnero y la cabra rara vez se aparejan, y cuando lo hacen es siempre sin resultado. Se vé, pues, que los hechos de hibridismo, á los cuales se ha querido dar una importancia excesiva, no tienen absolutamente ninguna en lo concerniente á la idea de especie. El hibridismo no tiene más valor que otro fenómeno cualquiera para hacerlos distinguir claramente las razas domésticas de las especies salvajes; resultado en extremo favorable á la teoría de la seleccion, de la que empezaré á ocuparme en las lecciones sucesivas.

ERNESTO HAECKEL.

(Traducción de Cláudio Cuveiro.)

ESTUDIO CRÍTICO

DE LAS OBRAS DE

PUBLIO VIRGILIO MARON.

(Continuacion.) *

LA ENEIDA.

Dos grandes epopeyas nos ha trasmitido la Grecia, que, aunque compuestas por el mismo autor, representan dos épocas distintas, dos períodos diferentes de la vida de un pueblo. La una canta guerras y combates: la otra viajes y naufragios. Nada puso el autor de la materia que contienen tan celebradas producciones. La tradicion poética pasando de boca en boca; los *rapsodas* cantando por todas partes los asuntos que más tarde habian de formar los poemas inmortales de Homero; *La Iliada* y *La Odisea*, dándonos unidad para servir de norma á los que habian de seguir sus divinas huellas; la guerra de Troya y los viajes de Ulises son los primeros partos del génio en el tiempo y en el mérito de la literatura clásica-griega. Se ha dudado de la existencia de Homero por creer sus obras producciones de todo un pueblo; pero, no obstante, nos justifica su existencia la unidad de sus poemas, por más que no podamos asegurar el lugar de su nacimiento, más disputado cuanto mayor ha sido su gloria.

* Véase el número anterior, página 138.

Aquel pueblo griego tan culto, tan instruido, que forma á la cabeza de la civilizaci6n, y que hace centro del saber á su primera ciudad Atenas, que irradia la luz por todas partes, como el claro sol de la mañana, ser4 reducido m4s tarde á ser esclavo de otro pueblo vecino, grave, s4rio, conquistador y guerrero, que estiende su cetro por todas partes, dá su ley é impone su lengua al pueblo conquistado; pero esta vez no podia ser el triunfo completo, porque la inteligencia domina *siempre* á la fuerza; y nada importa que el ambicioso Calícrates, con sus acusaciones, sea la causa de que los jefes de la *Liga Aquea* tengan que ir á Roma á defenderse, y sean relegados á varias ciudades de Italia y maltratados sin oírles el Senado; y nada que los pocos que habian salido de manos del verdugo encontrasen á su pátria en un lamentable estado de abyeccion, porque aquel pueblo vencido, sujeto á la esclavitud, iba á ser el maestro del vencedor enseñándole su lengua, su literatura, su filosofí a y todo lo que por entonces formaba su ciencia. Crates Malotes, con sus explicaciones, despierta en los romanos la afici6n á la gramática, y los embajadores Carneádes, el académico, el est6ico Di6genes y el Aristotélico Critolao, introducen sus sistemas filosóficos. En Roma influía poderosamente la educaci6n griega; los jóvenes más distinguidos, para completarla, acudian á Rodas ó Atenas, y los que no podían, sin salir de Roma, recibían las lecciones de maestros griegos; era griega la moda, y á la moda se vestía.

Virgilio, como todos los escritores del siglo de oro, estudi6 las obras de Grecia y las conocía perfectamente, y así como en las Eglogas sigui6 á The6crito y en la *Ge6rgicas* á Hesiodo, pudo seguir, como lo hizo, á Homero al elevarse al poema épico, imitándole con orgullo y marcando, sin embargo, á pesar de la imitaci6n el sello de sugénio, pues, como dice muy bien M. Sainte Beuve en su estudio sobre Virgilio: "*C'est le sang qui parle; ce ne sont pas des auteurs qui se copient, ce sont des parents qui se reconnaissent et se retrouvent.*"

En los seis primeros libros de la *Eneida* refiere los desgraciados viajes de Eneas; *multum ille et terris iactatus et alto*, como Homero los de Ulises, y en los otros seis las guerras del Lacio: *multa quoque et bello passus*, como aquel las de Troya, de manera que comprende la *Eneida*,

puede decirse, el asunto de la *Iliada* y la *Odisea*.

Expondré con la brevedad que me sea posible el argumento de este poema.

Asolada Troya por los griegos, estando Eneas siete años despues para arribar á Italia, es arrojado por una tempestad á las costas de Africa. Júpiter, á ruego de Vénus, madre de Eneas, le permite entrar en Cartago: aquella se le aparece en trage de cazadora, y le conduce al templo, donde es reconocida por los suyos.

Los cuatro primeros versos en que se alude á sus obras anteriores, se dice no son de Virgilio; así es que en la mayor parte de las ediciones los ponen separados y hasta con diferentes tipos, no faltando autores que los suprimen, entre ellos Magnier en su *Analyse critique et littéraire de l'Eneide*.

Dá á conocer el rencor de Juno y eleva el linaje latino hasta hacerle descender de Eneas, uniendo aquí las dos partes del poema.

Invoca á la Musa inquiriendo la causa de la ira de la diosa, y califica al héroe *insigne pietatem virus...* exclamando: *Tantane animis caelestibus irat!* En lo que podemos observar que los dioses de Virgilio tienen las mismas pasiones que los hombres.

Al momento indica la lucha de Roma y Cartago, que son los dos pueblos rivales, cuyas guerras con los latinos y troyanos son asuntos del poema, eligiendo este asunto por su grande interés nacional, del mismo modo que en la *Iliada* se canta la lucha entre griegos y troyanos. Cuando describe la tempestad suscitada por Eolo, á ruego de Juno, elige tales *términos onomatopéyicos* que parece que se está oyendo bramar los vientos.

Qua data porta ruunt, et terras turbine perflant.

Y despues Neptuno, elevando majestuosamente la cabeza sobre sus manos, exclama.

*Tantane vos generis tenuit fiducia vestri?
Iam caelum terramque..... etc.*

Pasaje que no puedo ménos de calificar de sublime, al ver á un Dios levantar la cabeza sobre los mares, reprender á los vientos y calmar la tempestad, obediéndole todos los elementos.

Es sumamente bella la aparici6n de Vénus, á quien Eneas tiene, sin embargo de no conocerla, por una diosa.

Libro 2.º Refiere Eneas á Dido el incendio

de Troya, la perfidia de Sinon por su falsa relación de la huida de los griegos y el engaño del famoso caballo de madera. Eneas se resiste, muere Priamo, aquél saca á su padre Anquises en hombros, y á su hijo Ascanio al puerto. Su esposa Creusa, ya muerta, se le aparece y le dice que se embarque con los troyanos; obedece y dispone el viaje.

Es muy interesante la narracion de la destruccion de Troya, llena de episodios tristes y atroces. Oigamos la traduccion de los bellos pasajes en que resalta la piedad de Eneas al querer salvar á su padre, y la desesperada resolucion de éste de no querer sobrevivir á la destruccion de su ciudad, cediendo, no obstante, convencido por un prodigio, rogando á los dioses conserven á su linage para regenerar su patria.

Dice Eneas: *«Entonces vi á Troya hundirse en medio de las llamas, y revolverse hasta los cimientos de la ciudad de Neptuno...»*

Bajo y guiado por un Dios (númen) paso por entre la llama y los enemigos; los dardos me abren paso, y las llamas retroceden...

Cuando llegué á los umbrales de la casa paterna, moradas antiguas (de mis mayores) mi padre, que era el primero á quien yo deseaba llevar á los altos montes, y el primero á quien buscaba, destruída Troya, se niega á prolongar su vida y á sufrir el destierro. Vosotros, dice, en quienes la sangre pura de la edad (juventud) y las fuerzas robustas están en todo su vigor, emprended la fuga...

En cuanto á mí, si los dioses hubiesen querido prolongarme la vida, me hubieran conservado estas moradas. Basta haber visto las ruinas y que hayamos sobrevivido á la toma de la ciudad. Así, pues, dejadme morir aquí, decidme el último adios. Yo mismo me daré la muerte con mi mano...

Después que hace esta resistencia, en que también se manifiesta el acerbo dolor de Anquises, lanzándose Eneas, segunda vez, á la pelea, desesperado exclama:

¡Oh padre! ¿Acaso esperaste que yo pudiera huir dejándote? ¿Tanta maldad salió de la boca de un padre?...

Luego que el anciano ve la maravillosa llama que aparece sobre la cabellera de su nieto Yulo, invoca á los dioses y lleno de júbilo dice:

«No haya ninguna detencion; sigo y voy á donde me lleveis. ¡Oh dioses patrios, guardad mi familia,

guardad á mi nieto! Vuestro es este agujero; y Troya está en vuestro númen...» Ya oíamos claro el dírrido del fuego por las murallas, y el calor del incendio se sentía más cerca.

«Ea, pues, querido padre, ponte sobre mi cuello, yo te llevaré en los hombros, y esta carga no me pesará; cualquier cosa que suceda, comun será el peligro, comun la salvacion para ambos. Mi pequeño Yulo me acompañará, y mi esposa seguirá de lejos nuestros pasos.»

El acalorado sacerdote Laoconte grita á los ciudadanos advirtiéndoles el engaño que pudiera haber y el peligro, desconfiando de la perfidia griega representada en Ulises. *«Sic notus Ulixes?... equo ne credite Teucris.»* Sinon, como todo el que tiene gran interés en hacer creer una mentira, hace mil juramentos para que lo crean, poniendo por testigos á los dioses de que dice la verdad.

Aunque no es gran recurso para el poeta *«el caballo de madera»* al decir de algunos críticos, por no ser verosímil que los troyanos no se enterasen de si los griegos habian ó no abandonado el campamento, hay que observar que ya prevee todas esas dificultades en la narracion de Sinon diciendo: que los griegos se ocultan en la desierta playa de la isla de Ténodos.

No pasaremos en silencio el horroroso episodio (*horresco referens*) de la muerte dada por las serpientes á Laoconte y á sus dos hijos cuando estaba sacrificando un toro á Neptuno.

También es digna de mencion la perífrasis que emplea en el verso doscientos sesenta y ocho.

«Tempus erat, quo prima quies mortalibus ægris incipit...» con que empieza el sueño en que Eneas ve á Hector.

Así como también la antítesis del verso 354. *«Una salus victis, nullam sperare salutem,»*

Por último, Priamo echa en cara á Pirro su crueldad, por haber muerto á su hijo y le contesta con un sarcasmo. *«Irás y referirás á mi padre (Aquiles) esto. Cuéntale mis tristes hechos, y que Neptolemo ha degenerado. Ahora muere.»*

Termina este libro con los más vivos colores, la destruccion de Troya.

Tercer libro. Eneas se hace á la vela, con veinte naves, arriba á Tracia y de allí á Delos para consultar al oráculo de Apolo. Este le

manda volver á su antigua patria; pero Anquises lo entiende mal y marcha á Creta. Sale para Italia, y es arrojado á las islas Strófades, donde les molestan las Harpias. Celebra en Actio una fiesta á Júpiter, llega á Butroto y se detiene por hallar allí á Eleno hijo de Priamo y á Andrómaca mujer de Hector. Eleno adivina, da prudentes consejos á Eneas para su navegacion, y éste se despide llorando. Despues entra en Drépano y muere su padre Anquises.

Este libro ofrece muy escaso interés, pues así como el anterior con todos los sucesos forma una sola accion, éste forma varias sueltas que podrian suprimirse. Virgilio no puede rodear de maravillas sus episodios como Homero, porque escribe en época muy distinta, y por eso estos sucesos solamente tienen interés histórico.

LUIS PARRAL.

Catedrático del Instituto de Teruel.

(Concluirá.)

BIBLIOGRAFIA.

Disertaciones y juicios literarios, por D. Juan Valera; Madrid, 1878, 379 páginas.

Tengo grande aficion á las colecciones de escritos cortos. Una obra extensa, *de longue haleine*, es siempre más *una*, pero ménos igual, ménos acabada, y ha de adolecer, por fuerza, de monotonías y desigualdades.

Dice Leopardi en su *Filippo Ottonieri*, que "los libros son necesariamente como aquellas personas que hablan siempre y no escuchan: por tanto, es preciso que el libro diga muy buenas y bellas cosas, y las diga muy bien, para que los lectores le perdonen aquel hablar continuo. De otra manera, el libro se hará odioso como todo hablador insaciable." Es evidente que á caer en el defecto advertido por Leopardi, están más espuestos los escritos largos que los breves, y quizá por eso dijo Calímaco aquello de *libro pequeño, pequeño mal*. Lo cual no obsta para que haya libros abultados, excelentes y de muy agradable lectura, y otros cortos que ningun cristiano lee. Pero aún en éstos se cumple la sentencia de Calímaco, porque si fueran más largos, aún serian peores. La brevedad es siempre una ventaja.

Todo lo que antecede es una perogrullada, pero quizá no lo parezca el advertir que algunos de los más acabados modelos de perfeccion y aticismo son escritos cortos; v. gr., los diálogos platónicos

y los del satírico Luciano. Ni son indignos de citarse, despues de ellos, los *Ensayos* de Montaigne y los diálogos y demás prosas de Giacomo Leopardi, sobre todo, su incomparable y tristísimo tratado *de la gloria*. Y es de notar el acierto que tuvo Leopardi en exponer sus doloridas filosofías en cortísimos diálogos y opúsculos, porque si así y todo se repite y torna siempre á las mismas ideas, ¿cómo hubiera evitado la monotonía en una obra larga?

La verdad es, que en nuestro siglo, ya por lo mucho y rápidamente que se lee (lo cual no deja de ser un mal) ya por el absoluto dominio que la crítica alcanza sobre los demás géneros literarios, ya por el cansancio de las amplificaciones y desarrollos inútiles, ha crecido, como nunca, la planta de los artículos, obras sueltas y disertaciones. Los ingleses llevan, quizá, la palma en este género, y desde el siglo pasado son famosos sus *ensayistas*, que entónces solian ejercitarse en lugares comunes de moral, y en el presente se han dedicado, con más tino, á la crítica literaria, histórica y filosófica, de lo cual ya habia dado ejemplo David Hume. ¿En qué estriba la reputacion del escocés Guillermo Hamilton sino en sus *Ensayos* de crítica filosófica, hoy tan malamente olvidados?

Pero el rey de los ensayistas es Macaulay. Quizá, y sin quizá, no ha sido tan leída su *Historia* como sus bellísimos estudios insertos en Revistas como la *de Edimburgo*, y coleccionados despues.

Los que en Francia han hecho colecciones de artículos y opúsculos distan mucho (con raras excepciones) de la formalidad y aplomo de los ingleses, pero suelen tener un ingenio y una gracia que enamoran. El famoso crítico Sainte Beuve apenas tuvo otra cosa que artículos, y hasta en sus libros largos (exceptuando quizá *Port-Royal* cada capítulo parece un estudio aparte. No ha de negarse que tiene esto sus inconvenientes, y que oculta muchas faltas en el plan y muchas indecisiones y contrariedades en el pensamiento.

Pero todo esto irá contra los escritores, no contra el género, en el cual se puede ser sábio y profundo. Artículos hay en la *Dramaturgia* de Lessing, pongo por caso el comentario de la *purificacion* ó *catharsis* de Aristóteles, ó el juicio de la *Mélope*, que tienen tanta trascendencia y valor estético como su *Laoconte*.

En España, desde el siglo xvi, se viene aplicando esta forma breve á asuntos morales, satíricos y literarios. Los escritores del Renacimiento usaban de preferencia el diálogo, en lo cual es maestro Juan de Valdés, y le imitaron D. Diego de Mendoza, el ignorado autor del *Crotalon*, Hernan Perez de Oliva y muchos más. En la centuria xvii florecieron las ficciones satírico-alegóricas y algo lucia-

nescas, v. g. los *Sueños* de D. Francisco de Quevedo, la *República Literaria* de Saavedra y varias otras de Gracián. En el XVIII se escribieron quizá muchos más ensayos críticos que libros. Escritos breves son los de Feijóo, Jovellanos, Forner, Viegas, D. Tomás A. Sanchez y muchos más. Era siglo aquel de transición y de controversia. Faltaba (aunque no tanto como en nuestros días) el reposo y quietud de ánimo necesarios para empeñarse con fé profunda y serena en grandes empresas de cualquier orden.

En este siglo, y limitándonos á los más célebres entre los muertos, tenemos coleccionados los *Ensayos literarios* de Lista, los *Escritos políticos* y los *póstumos* de Balmes, los artículos críticos de Larra, los de Piferrer, y las obras de Donoso, que (dejado aparte su famoso *Ensayo*) son casi todas breves. Y ciertamente que no son muchas las obras contemporáneas de alguna extensión que hayan influido más ó hayan sido tan leídas como las de los autores citados.

A ninguno de ellos es inferior el Sr. Valera, y quizá como literato supera á todos los de nuestro tiempo. Sobre todo, en este género de los ensayos y artículos críticos no tiene vencedor ni rival. Ya en 1864 publicó coleccionados gran número de ellos en dos volúmenes de rica enseñanza y apacible lectura. Hoy reúne, con el título de *Disertaciones y juicios*, lo más notable y selecto de cuanto despues ha producido.

Tiene el Sr. Valera cualidades de escritor y de crítico que le apartan mucho de casi todo lo que por España vemos. Sin dejar de ser inclinado (con inclinación de literato, y frecuentes infidelidades) á las especulaciones filosóficas, y muy leído en libros de Estética y teoría del arte, ni hace pedantesca gala de la doctrina abstrusa que en ellos se aprende, ni es infiel nunca á su buen gusto instintivo, acrisolado despues por el continuo estudio de los modelos clásicos y de las literaturas extranjeras. El Sr. Valera es literato verdadero, no pertenece á la categoría de los críticos que hablan del arte desde fuera del arte, como quien ve la función desde barreras. Tiene, sin duda, principios generales y seguros de crítica y de estética, y alguna vez los ha manifestado, pero posee sobre todo un gusto infalible y un tino práctico maravilloso. En cuestiones de crítica no se equivoca nunca, y (dada la falibilidad de los juicios humanos) casi pueden tenerse por infalibles sus decisiones. Podrá el Sr. Valera diferir de las ideas del autor del libro que juzga, podrá juzgarlas mal y equivocarse en cuanto á la materia, pero en cuestión de *forma*, es decir, *de arte*, se le puede creer á ciegas. Es uno de los raros mortales á quienes comunica directamente sus inspiraciones

la Vénus Urania. Creo que aunque no hubiera clasicismo en el mundo, el Sr. Valera sería clásico. Nadie tan enamorado como él de la naturalidad, de la tessura, de la sobriedad y elegancia: nadie más enemigo del estilo falso, de la afectación y bambolla.

El Sr. Valera es notable helenista y latinista, y muy aficionado á los italianos, adoradores y discípulos de la antigüedad en tantas cosas. Sin alardear de erudito, conoce y domina las restantes literaturas de Europa, sobre todo la inglesa y la alemana. Con todo este arsenal y *apparatus criticus*, y su natural ingenio, agudo, penetrante y chistoso, no es extraño que el Sr. Valera haya hecho y haga delicados estudios críticos, salpimentados á la continua con todos los gracejos y donaires de su lozana fantasía meridional.

El tomo que tenemos á la vista puede considerarse dividido en dos partes: una de *discursos académicos*, y otra de *juicios*. Diré algo de unos y otros con la brevedad propia de este no artículo, sino *anuncio bibliográfico*.

Juzga el Sr. Valera que el primero y más excelente de sus discursos es el que versa *sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*. No serán pocos los lectores que asientan á este juicio. El discurso es, á no dudarlo, de primer orden. Y en verdad que no parecía cosa fácil dar interés á una materia tan traqueada, y hasta profanada por doctos é indoctos. El señor Valera escogió el medio más oportuno para vencer semejante dificultad: censura los extravíos de los comentadores, y pone en su punto la significación artística del *Quijote*, tan olvidada por los que han buscado en él sentidos recónditos y *esotéricos*, ó altas y bajas enseñanzas de Medicina, Geografía, Metafísica, Jurisprudencia, Teología, Arte militar, Náutica y Arte de cocina. El *Quijote* no es ni más ni menos que una novela inmortal, la primera, con inmensa superioridad, entre todas las novelas. Todo lo que sea juzgarla con otro criterio, revela, ó falta de sentido estético, ó incurable extravagancia. No son menos inútiles los comentarios en que se pretende averiguar quiénes fueron, ó pudieron ser, estos ó aquellos personajes del *Quijote*, en qué iglesia fué bautizado el hidalgo manchego, etc., etc., exornándolo todo con el plan *cronológico* de la fábula y el mapa de las regiones que fueron teatro de las portentosas caballerías del héroe. Parece increíble que hombres de verdadero ingenio y erudición, hayan malgastado largas vigilias en tales disquisiciones.

Todo lo que el Sr. Valera dice del *Quijote* es atinadísimo; nunca ha sido mejor apreciada aquella chanza inmortal. Es evidente que Cervantes no mató ni hizo guerra al espíritu caballeresco de

su patria, del cual él mismo en grado superior participaba; lo único que combatía era un género literario, anti-español en sus orígenes, introducido muy tarde en nuestro suelo, contrario al genuino espíritu de la caballería histórica nacional (exenta siempre de lo maravilloso y de la galantería), literatura además que alentaba á empresas locas, absurdos heroísmos y liviandades censurables y cansuradas por muchos moralistas.

También pone de manifiesto nuestro crítico el escaso fundamento de la vulgarísima asercion de que Sancho representa lo real y Don Quijote lo ideal, cuando uno y otro personaje, como creados por una fantasía portentosa, no son abstracciones ni ideas puras, sino *realidad idealizada* y trasfigurada por los esplendores del génio. Con igual tino contesta el Sr. Valera á los que se obstinan en ver en Cervantes á un revolucionario, un racionalista y mil otras cosas, de que él se haría cruces si viviera.

Los otros tres discursos del Sr. Valera son contestaciones á académicos entrantes. El mejor, á nuestro juicio, es la respuesta, ó más bien *réplica*, al Sr. Nuñez de Arce, quien tuvo el mal gusto de hacinar en su discurso las invectivas tantas veces refutadas y ya fuera de moda, sobre el influjo desastroso de la Inquisicion en la decadencia de nuestras letras. El Sr. Valera, que aunque correligionario político del Sr. Nuñez de Arce, ama, más que todo, la verdad, y tiene el valor suficiente para decirla, desbarató una por una las vagas afirmaciones de su compañero, y estuvo verdaderamente inspirado, aunque algo tímido al hablar de nuestra filosofía del siglo XVI, que con Vives produjo la verdadera y magna restauracion de las disciplinas; con Gomez Pereira fundó la psicología experimental; con Foxo Morcillo adivinó la fórmula hegeliana; con Pedro Dolése y Francisco Vallés restauró el *atomismo*; con Huarte abrió el camino al empirismo y puso las bases de la frenología; y dió en Sanchez un escéptico de los más notables, antes de Montaigne.

Todo esto, sin hacer mérito de los escolásticos, entre quienes brillan como astros de primera magnitud Domingo de Soto, Francisco de Toledo, Melchor Cano, Vazquez, Suarez, Pedro de Fonseca y Benito Pererio, ni de los místicos, cuyo valer encomia, como es debido, el Sr. Valera.

Encuentro muy acertadas sus observaciones contra Rousselot, quien niega toda influencia de los místicos alemanes en los nuestros. Tan léjos está de ser verdad esto, que en 1585 corrian traducidos en lengua castellana Dionisio Cortajano, Henrique Harph, Tauler y algun otro, y la Inquisicion los prohibió, como es de ver en el *Indice* del cardenal Quiroga. En místicos heterodoxos

nuestros, v. gr., en las *Consideraciones Divinas*, de Juan de Valdés, hay evidentes huellas del estudio de Suso y de Tauler, como ya notaron Usóz y Eduardo Bohemer. Quizá la lectura de esos libros contribuyó á dar calor á la secta de los *alumbrados*.

En el discurso sobre *la ciencia del lenguaje* más bien contradice que aplaude nuestro crítico las audacias del Sr. Canalejas en su discurso de recepcion. Los extravíos de la ciencia filológica, ó más bien de sus aficionados y *dilettantis*, pónense de manifiesto con mucho ingenio y gracia, y rectificase, aunque quizá no con bastante resolucion, lo que Renan dijo y repitió el Sr. Canalejas sobre la inferioridad intelectual de los judíos. ¡Todo por aborrecimiento al pueblo de Israel! ¡Más severa y acre reprension merecian aún esas afirmaciones basadas en la teoría fatalista de las razas. Confieso que los recuerdos griegos y latinos me entusiasman, pero es porque forman parte de nuestro propio sér, y son la base de nuestra civilizacion. Pero ni por la India, ni por la Persia, ni por la Germania siento la menor inclinacion, y aunque seamos todos *arios*, nada me induce á tener por hermanos ni por glorias de raza á Buda, Zoroastro ó el zapatero Jacobo Boehm, ni mucho ménos á declararlos superiores á David ni á los Profetas, aun mirada la cuestion con ojos humanos. Ese *pan-aryanismo* es un fantasma que no puede inspirar entusiasmo ni simpatía á nadie.

Otro de los errores del Sr. Canalejas y de todos los partidarios incondicionados de eso que llaman *ley del progreso*, es el creer y afirmar en sério que las lenguas modernas son superiores en algo á las lenguas clásicas. Casi de *blasfemia estética* puede calificarse esto. Si los antiguos pudieran oír nuestras pobres lenguas, escasísimas y torpes en las flexiones, atadas en la construccion, analíticas porque no pueden abrazar lo sintético y tienen que descomponer el pensamiento; sin ninguna ó muy vaga cantidad prosódica, le cual equivale á carecer de armonía interna, y tener que producirla por medios externos, mecánicos y hasta pueriles, ¿no se reirian de nosotros y nos llamarian *bárbaros*? La lengua, como el arte, son cosas en que apenas cabe progreso, digan lo que quieran los admiradores de la fórmula de Condorcet.

Todo esto, ó cosas muy semejantes, afirma y demuestra el Sr. Valera. En el discurso sobre *la libertad del arte* (con cuyas ideas estéticas, casi del todo, estamos conformes), reconoce que no se dá progreso, sino antes manifiesta decadencia en la escultura (que nunca ha traspasado el tipo helénico), en la pintura, en la arquitectura, y en muchos géneros literarios, aunque exceptúa la poesía lírica, "en la cual (dice) caben progreso y mejora,

conforme nuestras almas se vayan levantando á superiores esferas, y descubriendo más vastos horizontes." No sé qué *esferas* ni *horizontes* serán estos, ni creo que nadie descubra tales cosas, fuera de los místicos en sus éxtasis y revelaciones. Y lo que es por ahora, no parece que el círculo se ensancha mucho. Todas aquellas teosofías y fantasmagorías hegelianas, que dominaban hace algunos años, se han ido disipando, y sólo queda un *positivismo* hartamente grosero, que no favorece mucho, que digamos, al desarrollo de la poesía lírica. Además, en los mejores poetas de este siglo, en Byron, Shelley, Leopardi, Alfredo de Musset, Heine... hay algo de enfermizo, errabundo y escéptico que se aparta de la serenidad helénica, y que, lejos de descubrir más vastos horizontes, parece como que los rebaja y angustia el alma. Lo que tiene mejor Leopardi no es su filosofía desesperada (hija del siglo y del carácter del poeta), sino la forma purísima, de la cual es deudor á los griegos. Todavía el poeta lírico, por su *subjetivismo* y alejamiento de la muchedumbre, puede ser tanto ó más grande que los que le precedieron, gracias á su propia é individual inspiración, sin que esto implique progreso ni decadencia en el arte. No así en otros géneros: la muerte de toda epopeya, no ya de las primitivas, sino hasta de los remedos literarios (que á veces contienen elementos épicos legítimos), el desarrollo del género *bourgeois* y realista ó falsamente idealista de la *novela*, el predominio de la *literatura negativa*, es decir, de la crítica y de la estética, son indicios fatales de que el arte agoniza.

Los artículos del Sr. Valera son tan preciosos como sus discursos académicos. Entre todos ellos distingue, á nuestro entender, el que versa sobre los *Estudios acerca de la Edad Media*, del Sr. Pi y Margall. El ingenio, la agudeza, los donaires, el buen sentido, la sana y solidísima doctrina de este artículo, exceden á toda ponderación. Solo en tono joco-sério podía ser analizada aquella pretensa crítica del cristianismo, en que el autor exclama de cuando en cuando con aire de compasión y superioridad: "¡Jesús se equivocó; pero no culpemos á Jesús: sentía, no raciocinaba!" y atribuye todas las calamidades de la humanidad á lo que él llama *dualismo*, es decir, á la creencia en la inmortalidad del alma. La lectura del librito del Sr. Pi (en el cual todo lo que se aprende sobre la Edad Media es que fué esencialmente *antonomica*, como si de toda edad no pudiera decirse lo mismo) hace ya sonreír de lástima, pero el comentario que el Sr. Valera le pone es tal, que ni el mismo Luciano que volviera al mundo para fustigar á los sofistas le haría más ameno y regocijado. En el artículo sobre las obras de Aparisi y Gui-

jarro no se puede negar que algo ciegan al señor Valera sus inclinaciones políticas, haciéndole ver contradicciones donde quizá no las haya. Convento con él en que Aparisi era muy poco filósofo, y no solía raciocinar bien, como acontece á la mayor parte de los oradores, *apóstoles* y propagandistas. Pero todavía no he podido alcanzar en qué está la contradicción de estos dos pasajes:

Los reyes no reciben su autoridad inmediata de Dios, sino mediatamente, por medio de la sociedad civil.

La soberanía del pueblo, tal como la entienden sus modernos regeneradores, es la sustitución de la fuerza al derecho, de la nada á Dios.

La primera proposición no tiene dificultad alguna, es la teoría católica del origen del poder que el Sr. Valera admite y defiende: *Non est enim potestas nisi á Deo*, y añaden los teólogos: *Non quod respublica non creaverit principes, sed quod id fecerit divinitus erudita.*

La segunda proposición, lejos de ser contradictoria de ésta, va contra la doctrina que no pone en Dios la fuente del poder, ni supone á la república *divinitus erudita*, sino que la apoya en la fuerza, en la utilidad ó en otros motivos mundanos. La *soberanía atea* del Estado es el blanco de las iras de Aparisi. Bien claro lo dice la limitación *tal como la entienden.*

En el artículo de la *Filosofía española* (materia que nos ocuparía mucho si no fuera alargándose más de lo que quisiéramos el presente), ha juzgado el Sr. Valera, sin acritud, el tomo de *Obras escogidas de filósofos* que coleccionó el muy erudito gaditano D. Adolfo de Castro para la *Biblioteca de autores españoles*.

Mala mano tuvo el colector en aquella ocasión. Muchos de los tratados que incluye no son de filósofos, sino de moralistas y hasta de escritores satíricos, y pobre idea se formaría el que por aquel volumen juzgase de nuestro tesoro filosófico, tan inmenso como inexplorado. Por el contrario, ¡cuánta gloria derian á nuestra ciencia cinco ó seis volúmenes del tamaño de los de los de Rivadeneyra, en que por orden se coleccionasen la *Fuente de la vida*, de Avicébron; el *Autodidácto*, de Tofáil; el *Cuzary*, de Yehudá-Leví; algunos tratados cortos de Averroes, como el *de unitate intellectus* y la *Destrucción de la destrucción*; toda la parte filosófica del *Guía de los perplejos*, de Maimónides, el inédito y desconocido tratado panteísta *De processione mundi*, del arcediano Gundisalvo, lo mejor de Raimundo Lulio (sin olvidar el *de articulis fidei* ni la *Lamentatio contra Averroistas*), la *Teología Natural*, de Raimundo Sabunde; el *de omni scibili*, de Fernando de Córdoba, asombro de su siglo; los *Diálogos de amor*, de Leon Hebreo;

las lecciones *de anima*, de Montes de Oca, compañero de Pomponazzi; todos los tratados filosóficos y metodológicos de Vives, la controversia de Govea con Pedro Ramus, el *de fati et libero arbitrio*, de Sepúlveda: la *Apología de Aristóteles*, de Gaspar Cardillo, el tratado *sobre las causas de la oscuridad de Aristóteles*, de Pedro Juan Nuñez; las obras selectas de Fox Morcillo; un extracto de la parte filosófica del *Christianismi Restitutio*, de Servet; la *Antoniana Margarita*, con sus impugnadores; varios capítulos de la *Philosophia Sacra*, de Vallés y de la *Philosophia Libera* de Isaac Cardoso; el *Quod nihil scitur*, de Francisco Sanchez; la *Académica*, de Pedro de Valencia; el *de natura naturante*, de David Nieto, etc. Los escolásticos ocuparían otros dos tomos, en que se insertaran los comentarios de Toledo *de anima*, las *Disputationes methaphysicæ*, de Vazquez; varios tratados de la *Metafísica*, de Suarez; el *de principiis*, de Benito Pererio, y extractos de Rodrigo de Arriaga, y finalmente, debía hacerse una colección de místicos de segundo orden, en que no quedarán olvidados ni Fray Juan de los Angeles, ni Cristóbal de Fonseca, ni Miguel de la Fuente, ni el P. Nieremberg, etc. Esto sin contar con los filósofos del siglo pasado, que no dejaron de producir obras estimables y dignas de coleccionarse.

¡Pensar que con poco esfuerzo podía hacerse todo esto, y que no hay quien lo haga!

Dice el Sr. Valera en este artículo mil cosas eruditas y discretas, aparte de otras controvertibles, Niega la existencia del *vivismo*, y parece que en esto yerra. El *vivismo* es una dirección crítica como la filosofía de Bacon, no un sistema ontológico.

Es la condensación brillante del Renacimiento. No hay *vivismo*, como no hay *Kantismo* ni *baconismo* en sentido estricto, pero hubo en el siglo XVI y en el siguiente, en España y fuera de ella, una manera de filosofar libre y amplia, poco amiga de la autoridad y del espíritu sistemático, ayudada por el desarrollo de las letras humanas, y cuyos principales resultados fueron: 1.º la difusión del *experimentalismo*, cuyos cánones formuló Vives antes que Bacon; 2.º el abandono de la cosmología peripatética ó de las formas sustanciales, sustituidas generalmente por el *atomismo*, á lo cual no se aventuró Vives, pero sí su paisano y quizá amigo Pedro Dolése; 3.º la *observación psicológica*, preconizada por Vives y Gomez Pereira; 4.º la simplificación de la lógica aristotélica, en lo cual siguieron á Vives, Pedro Ramos, Nuñez Vela, el Brocense y muchos otros; 5.º cierta tendencia al *armonismo* entre Platon y Aristóteles, de la cual se hicieron intérpretes Fóx, Morcillo y Benito Pererio en sus últimas obras; 6.º la crí-

tica aplicada primero á los textos y luego á las ideas de los antiguos filósofos. Por eso brota en Italia y en España una serie de *peripatéticos heleenistas*.

Toda esta filosofía que indudablemente precede y anuncia á Bacon y á Descartes es común á España y á Italia (teniendo además algunos secuaces franceses y alemanes) pero ninguno presentó de ella un conjunto tan armónico, ni procedió con miras tan generales en la reforma de la ciencia y de los métodos como Vives. Y por eso apellidan algunos *vivismo* á la filosofía del Renacimiento, sin que esto implique que haya una doctrina metafísica propia y exclusiva de Vives. Lo que hay es una *instauratio scientiarum* semejante y aún superior á la del Lord Canciller.

Al ver el justísimo entusiasmo con que el señor Valera habla de Avicbron y de Jehudá-Ha-Levi, no podemos ménos de estimularle á que ponga en verso castellano como él sabe hacerlo, los cantos de aquellos dos egregios poetas, honra no sólo de su raza sino de España entera.

No tengo tiempo para seguir comentando uno por uno los restantes artículos del Sr. Valera. En nada desmerecen de los citados. El relativo á las *Cantrigas* es, á pesar de su brevedad, lo mejor que hasta ahora se ha escrito sobre ellas. Los dos artículos acerca del *Amadís de Gaula* resumen en breve espacio las conclusiones del reciente y muy estimable libro en que el doctor Braunfels ha proveyado el origen castellano de aquella célebre novela. La humorística y saladísima disertación *sobre la perversion moral en la España de nuestros días*, más que al género de artículos críticos pertenece á otro en que el Sr. Valera, también es maestro, y en el cual nos ha dado modelos como *Un poco de crematística*. Entre estas *facecias* ó burlas-veras quizá no haya otra tan amena como esta *de la perversion*.

Finalmente, mencionaré el juicio de la *vida de Lord Byron*, por lo bien que en él se combate el vulgar error de que para ser *genio* hay que ser infeliz, desesperado y algo loco, ó cuando ménos extravagante; y el de *las poesías de la Avellaneda*, por el paralelo discretísimo entre esta señora y Vittoria Colonna, y no por las frases poco ortodoxas con que el artículo termina.

Fuera de este y de algun otro resábido, el libro del Sr. Valera, es no sólo erudito, ingenioso, agradable y rico en todo linaje de perfecciones literarias, sino bastante sano en sus doctrinas y opiniones, tenga el autor las que quiera. Por lo cual juzgo que sin inconveniente puede recomendarse. Bajo el aspecto literario, ya he dicho que sólo encuentro en él motivos de alabanza.

¡¡¡LA MAR!!!

A. X...

De la mar te voy a hablar,

y pues la mar es hermosa,

hoy te quiero demostrar

que sois una misma cosa

la mar y tú, tú y la mar.

Y no lo dudes, mirando

que la mar se vá alterando

y oscureciendo su brillo,

pues saca su geniecillo

como tú, de vez en cuando.

Y al decir que sois iguales

mi lábio no se equivoca,

pues si el mar en sus raudales

tiene perlas y corales,

tambien los tiene tu boca.

En mil razones abundo,

y la razon principal

en que mi dictámen fundo,

es que si el mar tiene sal,

tienes tú la sal del mundo.

Cuando en celajes de bruma

se aduerma el mar blandamente

fingiendo lechos de pluma,

podrás ver cómo es tu frente

tán blanca como su espuma.

Y como tu rostro bello

tras la mantilla no escondas,

y preste al mar su destello,

notarás que tu cabello

como el mar se riza en ondas.

Y no debes extrañar,

pues con lógica te arguyo,

que, sin poderlo evitar,

al pasar al lado tuyo

digamos todos ¡¡¡la mar!!!

RICARDO GUILJARRO.

MISCELÁNEA.

UN CRUSTÁCEO ANTIGUO.

El teniente coronel Grant, de Hamilton, provincia de Ontario, en el Canadá, ha descubierto recientemente un fósil que no podrá menos de ser de vivo interés para los paleontólogos. Es un crustáceo gigante del género *Pterygotus*, un maxilípedo de unas 32 pulgadas de largo, con doce dentídeos. En tamaño es comparable con el gran *Pterygotus anglicus* de las rocas Devonianas de Escocia; pero la nueva especie, para la cual se propone el nombre de *P. canadense*, pertenece á un período geológico mucho más remoto, habiéndose encontrado en la piedra calcárea de Niágara. El profesor Hall ha hallado una especie pequeña de *Pterygotus* en la formacion de agua caliza de este Estado de N. York y fragmentos de una especie desconocida en las rocas de Clinton. La presente muestra, sin embargo, es la primera de la especie mayor que procede de una época de tan grande antigüedad.

PARTICULARIDADES DE LAS MADERAS MÁS USUALES.

Hé aquí algunos particulares interesantes respecto al valor comercial y propiedades de las maderas más conocidas. Son notables por su elasticidad, el fresno, el *hickory* (madera americana del género *carya*), el avellano, el *lancewood* (*guatteria virgata*, árbol de las Indias occidentales), el castaño pequeño, el tejo y el *snakewood* (madera medicinal de las Indias orientales).

Por su elasticidad y dureza: el roble, el haya, el olmo, el *lignum vite* ó guayaw, el nogal y el carpe.

Por su grano parejo (para esculpir y grabar): el peral, el pino, el boj y el tilo.

Por su durabilidad (en obras no sometidas á la accion de la humedad): el cedro, el roble, el pino amarillo y el castaño.

Para construccion de buques; el cedro, el pino (la tabla), el abeto, el alerce, el olmo y el roble.

Para trabajos sometidos á la accion de la humedad (como pilas, cimientos, canales, etc.): el olmo, el aliso, la haya, el roble, el esparto, el castaño, el fresno, el pruche y el sicomoro.

Para máquinas y molinos (fábricas): la haya, el abedul, el pino, el roble (rodillos etc.), el boj, el guayaw y la caoba (dientes de ruedas), el manza-

no silvestre, el carpe y el algarrobo (modelos de fundición), el aliso, el pino y la caoba,

Para muebles (comunes): la hoja, el abedul, el cedro, el cerezo, el pino y el esparto (finos), el amboyna, (madera con hermosas manchas que varían desde el color anaranjado hasta el castaño oscuro y que se obtiene del pterosperrun indieum), el ébano negro, la caoba, el cerezo, el arce, el nogal, el tulipan, la zebra (madera de la América del Sur con listas oscuras y negras sobre un fondo blanco), el ébano, el roble, el palo de rosa, el *satinwoop* (madera de raso), llamada así por el lustre que toma después de trabajada, tiene color de limón y un olor agradable, el sándalo, el castaño y el cedro.

**

COSECHA ARQUEOLÓGICA EN GRECIA.

Según el último informe presentado al Consejo federal alemán, aparece que las excavaciones practicadas en el territorio de Olimpia, reino de Grecia, durante los pasados años, han producido 587 objetos en mármol, 1.928 en bronce, 420 en plata, 383 medallas y 200 inscripciones.

TEATROS.

Según se asegura, el Teatro Español abrirá sus puertas en la próxima temporada con un considerable abono, iniciado ya por las principales familias de la aristocracia, la que se propone hacer su centro de reunión el antiguo corral de la Pacheca.

**

La nueva empresa que ha tomado á su cargo para la temporada de otoño el Teatro y Circo del Príncipe Alfonso, ha escriturado ya para los grandes bailes fantásticos que han de constituir la base principal de sus espectáculos, artistas de los más notables de Europa.

También ha contratado un cuadro cómico-lírico, á cuyo frente figura uno de los más distinguidos y populares actores del género.

**

En el teatro de la Alhambra continúa funcionando la compañía italiana de María Frigerio, que á la prensa debe, á no dudar, el haber obtenido en esta ocasión tan favorable acogida del público madrileño, como marcada fué la indiferencia que inspiró al presentarse por primera vez en el teatro de Jovellanos, y que no ha encontrado, por lo visto, mejor manera de expresar su agradecimiento que la de suspender, respecto á

algunos periódicos, las atenciones que por todas las empresas teatrales se les dispensan, retirándoles las localidades señaladas á los mismos, únicamente por contar con algunas más que poner á la venta. Lo sensible en este caso, para la extranjera empresa que así comprende la gratitud, es que en vano habrá pospuesto su galantería al deseo de aumentar en unos cuantos reales las utilidades diarias, habiendo coincidido su interesado propósito con la circunstancia de sentirse más el calor, y ser, por lo tanto, menos agradable la estancia en dicho teatro que en el ameno jardín del Buen Retiro y los espaciosos Circos del Príncipe Alfonso y de Price.

Por lo demás, las simpatías que han sabido captarse la Sra. Frigerio y algunos otros artistas apreciables de la citada compañía, nos mueven á desear que terminen sus funciones con el mismo éxito que á su mérito artístico y á los elogios de la prensa deben haber alcanzado hasta ahora.

El de las dos obras que últimamente se han representado, *Baicana* y *El prado de San Gervasio*, no ha sido más que regular.

**

En el teatro de la Comedia funcionará la temporada próxima la misma compañía que en la anterior, excepto el estimable artista D. Julian Romea, que ha contraído compromisos con la empresa de otro coliseo.

**

La concurrencia que asiste al Circo de Price es cada noche más numerosa. Los *innovadores* Leonce y Lafoulen en sus difíciles ejercicios, Mr. Edmonds con sus elefantes, la familia Chiessi con sus inimitables saltos, las payasadas de Tony Grice, y, finalmente, los trabajos ecuestres hacen pasar noches deliciosas, y Mr. Parish ve premiados sus afanes por la buena sociedad madrileña.

A principios de la próxima semana debutarán en este favorecido Circo algunas de las notabilidades contratadas últimamente.

**

Los Jardines del Buen Retiro están muy concurridos y animados, especialmente los días de concierto, en los cuales el público hace repetir varias piezas.

**

En el Teatro del Príncipe Alfonso continúa ofreciéndose al público por la compañía del señor Arderius, las aplaudidas zarzuelas *El diablo cojuelo* y *Los sobrinos del capitán Grant*, viéndose el teatro muy concurrido; sobre todo en las funciones que da á beneficio del público, con gran rebaja en los precios de las localidades.